

LA EXPEDICION VALDIVIANA DE 1777 EN BUSCA DE LA "CIUDAD DE LOS CESARES"¹.

CLAUDIA BORRI

Investigadora

El 18 de septiembre de 1777, desde la ciudad de Valdivia salió una expedición «tierra adentro» en busca de la mítica ciudad de los Césares. La realización de la empresa concluía un largo período de preparación, empezado en 1774, año en que, en una detallada «Relación», el capitán de amigos don Ignacio Pinuer había sometido a la atención de las autoridades competentes el extraño caso de una supuesta población de españoles asentada en pleno territorio indígena². Durante el alzamiento general de 1598, algunos de los habitantes de Osorno habrían logrado huir y fundar una ciudad cerca del lago Ranco.

Allí mismo, sus descendientes habrían permanecido, aislados e incomunicados, por casi dos siglos. Sin embargo, no habrían abandonado el idioma, las costumbres y las tradiciones de sus ancestros, razón por la cual se les indicaba como los «Césares», apelativo que, no tan sólo en

¹ El presente trabajo constituye una síntesis de nuestra tesis de Magister en Historia de América, *La expedición valdiviana de 1777 en busca de la «ciudad de los Césares»*, que bajo la supervisión del profesor Rolando Mellafe, presentamos en enero de 1993 en el Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

² «Relación Jurada que hace y da el Capitán graduado de Infantería don Ignacio Pinuer Lengua general de la Plaza de Valdivia al M. Ilustre S.r Presidente de una Ciudad grande de españoles cituada entre los Yndios, en que declara su origen, situac., fortaleza, armas, caudales, caminos». Dicha «Relación», enviada a Jáuregui, es fechada 2 de febrero de 1774 (Biblioteca Americana J.T. Medina, Manuscritos originales, T. 335, pp. 543-564). De acuerdo a las evidencias documentales a nuestro alcance, existen tres «relaciones juradas» originales escritas por Pinuer sobre la ciudad de los Césares, enviadas respectivamente al capitán general de Chile, al virrey Amat y al «ex.mo. Secret. o de Estado y del despacho de las Indias». (Carta de Espinoza a Jáuregui, fechada 8 de octubre de 1776, BNS, BM, T. 336, ppo. 515-5616; Carta de Espinoza a Jáuregui, fechada 6 de marzo de 1777, BNS, BM, T. 335, p. 760; Carta de Pinuer a Jáuregui -agregada a la «Relación»- fechada 2 de febrero de 1774, BNS, BM, T. 335, pp. 539-540). Esto no excluye, desde luego, que pueda haber, en los archivos americanos como en los europeos, más de tres copias de tales «Relaciones». Hasta el momento, se ha utilizado como texto base para las correspondientes investigaciones la versión (fechada 3 de enero de 1774) publicada en: De Angelis, Pedro, *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna del Río de la Plata*, Imprenta del Estado, Buenos Aires, 1836-7. Para una mejor comprensión de las razones que nos han inducido a creer en la existencia de tres «Relaciones» y a proceder al examen del manuscrito mencionado, véase el apéndice de nuestra tesis de magistratura. De aquí en adelante, al referirnos a los Tomos 335 y 336, dejaremos de lado las indicaciones BNS, BM.

el medio valdiviano, designaba a todos los españoles extraviados que, supuestamente, vivían en la región austral.

Dentro de la tradición historiográfica chilena, el tema de la leyenda de los Césares —en que habitualmente se inserta la mencionada expedición— ha sido tratado a partir de los autores «clásicos»³, quienes se han interesado tanto en definir la «fábula» de este mito y sus elementos constitutivos como en reconstruir su historia. Sin embargo, inclusive en los ensayos posteriores, la expedición referida tiene una cabida sólo parcial, ya que no se constituye en el centro de interés del análisis. Latcham, por ejemplo, al examinar la evolución de la leyenda, dedica sólo una breve nota a la «Relación» de Pinuer⁴. En el trabajo de Guarda Geywitz⁵, que atañe a la historia de la ciudad de Valdivia desde su fundación, la expedición representa solamente un episodio dentro de un contexto más amplio de historia local. En el artículo más reciente de Estellé y Couyoumdjian⁶, que investiga la historia de la leyenda, se encuentra una breve referencia a la expedición de 1777, la que posteriormente se constituye en una parte de cierto relieve en el ensayo de Couyoumdjian⁷. En éste, sin embargo, el énfasis radica en la abortada expedición de Orejuela (1780–1783); por lo tanto, no se utiliza, por no concernir al tema central, el conjunto del material documentario respectivo. Aun en el reciente trabajo del historiador español Juan Gil⁸, quien hace una acuciosa historia de la leyenda desde su comienzo, no se incluye dicha expedición ya que la narración se detiene en el umbral del siglo XVIII.

Los instrumentos metodológicos proporcionados por los ensayos a que hemos hecho referencia, aunque muy esquemáticamente, se ha

³ Aludimos a: Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, Rafael Jover Editor, Santiago, 1884-1886; Bayo, Ciro, *Los Césares de la Patagonia. (Leyenda Aurea del Nuevo Mundo)*, Imprenta de J. Pueyo, Madrid, 1913; Morla Vicuña, Carlos, *Estudio Histórico sobre el Descubrimiento y Conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuego*. F. A. Brockhaus, Leipzig, 1903; Vicuña Mackenna, Benjamin «La ciudad encantada de los Césares» en: *Chile. Relaciones históricas*, tomo I, Rafael Jover Editor, Santiago, 1877-78.

⁴ Latcham, Ricardo E., «La leyenda de los Césares. Sus orígenes y su evolución», RCHG, vol. IX, n. 64, 1929, p. 245, n. 1.

⁵ Guarda Geywitz, Fernando, *Historia de Valdivia 1552-1952*, Imprenta Cultura, Santiago, 1953.

⁶ Estellé, P. y Couyoumdjian R., «La ciudad de los Césares: origen y evolución de una leyenda. 1526-1880», *Historia*, n. 7, 1968.

⁷ Couyoumdjian Brgamali, R., «Manuel de Orejuela y la Abortada expedición en busca de los Césares y extranjeros 1780-1783», *Historia*, n. 10, 1971.

⁸ Gil, Juan, *Mitos y utopías del Descubrimiento 2. El Pacífico*, Alianza Editorial, Madrid, 1989.

constituído en indispensables y valiosos cimientos para una primera aproximación al tema. Sin embargo, creemos que, para una profundización, es necesario, en segunda instancia, extraerlo del contexto de una supuesta «historia de leyenda» para colocarlo en un ámbito más definido y circunscrito. Al respecto, nuestro intento ha sido encontrar un modelo interpretativo que pueda adaptarse más específicamente al mundo fronterizo, ya que tanto el área geográfica –Valdivia– como los actores históricos involucrados –Borbones, hispanocriollos e indígenas–, que caracterizan el tema que nos ocupa, son claramente situables en dicho ámbito⁹.

En el trabajo que aquí se presenta, nuestro objetivo principal ha sido, por lo tanto, averiguar cómo el producto de lo imaginario pudo haber puesto en marcha no sólo una expedición sino también algunos mecanismos, de carácter social y político, históricamente controlables, dentro de un espacio dado. Asimismo, nuestra preocupación ha sido poner de relieve el conjunto de conjeturas, intereses y resoluciones que la leyenda despertó en el momento en que los actores mencionados tomaron conocimiento de ella. Sólo de esta forma se podrían descifrar las razones de fondo que probablemente se ocultaban tras la decisión española de enviar a un territorio desconocido y controlado por los indígenas un contingente de soldados en busca de una ciudad fantasma. Razones, al parecer, contrarias tanto a las «luces de la razón» como a una conducta prudente y cautelosa hacia los indígenas que caracterizaban la política de la monarquía española en ese tiempo. De hecho, la expedición de 1777 se presenta como una empresa «excéntrica» no solamente por lo que implica la fecha tardía de su realización sino también por basarse en un relato que entrega una versión inusitada del mito, tanto en lo que se refiere a su contenido como a su localización en el área valdiviana, como lo explicamos a continuación.

Leyenda e Historia.

Debido al espejismo del oro, la mencionada leyenda se generó en la cuenca rioplatense en el siglo XVI. Específicamente, en 1528, a su regreso a dicho lugar de una penetración en el sur del contingente,

⁹ Para el delineamiento de estas áreas de investigación han sido un imprescindible aporte los enfoques presentes en los trabajos de John Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*, Editorial Ariel, Barcelona, 1985 y de Leonardo León Solís, *Maloqueros y conchavadores en Araucanía y las Pampas, 1700-1800*, Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco, 1991.

Francisco César—el héroe epónimo del mito— un hombre de la expedición de Sebastián Caboto, habló de la existencia de una ciudad rica en oro, plata y piedras preciosas. La conquista del Perú contribuyó a afianzar el mito de la ciudad de los Césares, como sitio de inmensas, y a desplazar su ubicación cerca de Cuyo, zona más influenciada por el mundo cuzqueño, de acuerdo a lo relatado por Vivar en la descripción del viaje de Francisco Villagrán¹⁰. Ruy Díaz de Guzmán, afirma, incluso, que Caboto había despachado a César a descubrir «las tierras australes y occidentales... juzgando que allí era más fácil y breve camino para entrar al rico Reino del Perú y sus confines»¹¹.

Sin embargo, Chile no parece estar incluido en las áreas en que se ubica la ciudad fabulosa, ya que la propia crónica de Vivar se refiere a la provincia trasandina de Calamochica y a Santa Marta. Tampoco la leyenda es mencionada en las cartas de Pedro de Valdivia¹², ni en la obra de Ercilla¹³ o en la de Pedro de Oña¹⁴, que, por su carácter fantástico y épico, pudieron haberle dado una apropiada acogida. A lo largo del siglo XVI, así como cambian los centros de irradiación de la leyenda y la ubicación de la fabulosa ciudad, se multiplican las localidades de donde se despachan expediciones exploratorias: Buenos Aires, Tucumán, Córdoba, San Juan y también Chile, de acuerdo a las señalizaciones de Góngora Marmolejo¹⁵ y de Mariño de Lobera¹⁶.

Al finalizar el siglo, los dramáticos trajines de Sarmiento de Gamboa debieron contribuir a difundir la creencia de que existían naufragos blancos extraviados en la región del Estrecho¹⁷. De esta forma, el mito originario se «contamina» con el de los naufragos; la región patagónica

¹⁰ Vivar, Gerónimo de, *Crónica de los reinos de Chile*, historia 16, Madrid, 1988, p. 280. El cronista afirma, también, que algunos compañeros de César se quedaron «en algunas provincias», lo que justifica tanto la pluralización del nombre César como la hipótesis que existieran blancos, aislados o extraviados, en la regiones australes.

¹¹ Díaz de Guzmán, Ruy, *La Argentina*, Historia 16, Madrid, 1985.

¹² Valdivia, Pedro de, *Cartas que tratan del descubrimiento y conquista de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1953.

¹³ Ercilla y Zúñiga, Alonso de, *La Araucana*, Edición de J. T. Medina, Santiago, 1910-1913.

¹⁴ Oña, Pedro de, *Arauco domado*, Edición Crítica de la Academia Correspondiente de la Real Academia Española, Editorial Universitaria, Santiago, 1917.

¹⁵ Góngora Marmolejo, Alonso de, *Historia de todas las cosas que han acaecido en el Reino de Chile y de los que lo han gobernado (1536-1575)*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1990.

¹⁶ Mariño de Lobera, Pedro, *Historia de Chile*, CHCh, tomo IV, Santiago, 1865.

¹⁷ Sarmiento de Gamboa, Pedro, *Viajes al Estrecho de Magallanes (1579-1584)*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1950.

se puebla de ciudades fantásticas, donde viven, además de los descendientes de los compañeros de César, aquellos españoles que escaparon a las catástrofes marinas. A la «Historia» del padre Rosales, se debe la difusión de los acontecimientos referentes al naufragio del navío del obispo de Placencia y a las peripecias de Sarmiento de Gamboa¹⁸, los que recogían también los mitos sobre la existencia de fabulosas y ricas ciudades en la Patagonia¹⁹.

A fines del siglo XVI, la «contaminatio» que se ha producido entre las distintas versiones no excluye ninguno de los elementos (Incas, César, náufragos) que se fueron formando con el transcurso del tiempo, sino que los incorpora en el discurso primordial. Sin embargo, la primitiva localización de la ciudad se ha desplazado, al parecer, hacia la Patagonia, excluyendo todavía Chile como posible ubicación.

En la primera mitad del siglo XVII, la leyenda de los Césares se convierte otra vez en un «mito impulsador»²⁰ que genera nuevas expediciones exploratorias, tanto desde la región septentrional argentina como desde la avanzada española de Chiloé, también de carácter misionero, como las que forman la llamada «odisea» del padre Mascardi²¹. Sin embargo, los cambios notables ocurridos en las circunstancias históricas —la pérdida del sur de Chile, la decadencia de la metrópoli, el surgimiento de poderosas potencias marinas en Europa y las renovadas incursiones de los navíos corsarios— vigorizan el miedo a la invasión extranjera. Durante los últimos decenios del siglo, se reanudan las iniciativas de expediciones, junto con los rumores sobre supuestas traiciones —para favorecer la entrada de holandeses e ingleses— y eventuales tentativas de espionaje para el control del estrecho. El temor colectivo a la invasión extranjera se refleja en la metamorfosis parcial del mito tradicional. Aún se mantienen los elementos típicos y caracterizantes de la leyenda: la ciudad, los metales preciosos, los habitantes blancos; pero se empieza a dudar de la nacionalidad de éstos, ya que a veces se rumorea que hablan un idioma y que llevan atuendos diferentes a los de los españoles.

¹⁸ Rosales, Diego de, *Historia General del Reyno de Chile Flandes Indiano*, Imprenta del Mercurio, Santiago, 1877.

¹⁹ «Memorial sobre la manera de buques que era conveniente fuesen al estrecho de Magallanes»: Sarmiento de Gamboa, P., op. cit., vol. II, p. 197.

²⁰ Utilizamos, desde aquí en adelante, la eficaz expresión de D. Ramos Pérez, presente en su ensayo *El mito de Eldorado: su génesis y proceso*, Caracas, 1973.

²¹ Latcham, R., op. cit., p. 240.

Los indígenas, que se constituyen en elemento determinante de la transmisión del cuento, acuñan para ello un término específico, «morohuincas». La palabra «Césares» se convierte, de esta forma, en un significante general bajo el cual se alude a cualquier asentamiento y oculto, también de extranjeros, dentro del inmenso y aún desconocido espacio patagónico.

No hay que sorprenderse, por consiguiente, si la leyenda sigue vigente en el siglo XVIII. Inclusive, en este siglo, surgen nuevos testimonios sobre la misteriosa ciudad, con el fantástico derrotero de Silvestre Antonio Rojas de 1716²² y las obras del padre Falkner²³. Sin embargo, es una vez más el contacto con los acontecimientos internacionales lo que está dando un cariz más matizado a la leyenda, ya que el término Césares comienza, en general, a referirse a los ingleses. De hecho, después de 1763, Inglaterra se convierte en la verdadera y única dueña de los océanos, como lo comprueba el episodio de las Malvinas. El peligro es evidente: Inglaterra podría decidir desembarcar, sobre todo en la costa atlántica —que no cuenta con un puerto y unaplaa fuerte como Valdivia— para penetrar en territorio patagónico.

La evolución de la leyenda explica cómo ésta pudo mantenerse vigente por siglos en la parte meridional del continente. Sin embargo, tanto la localización de la ciudad cerca del lago Ranco —a este lado de la cordillera— como la versión de la leyenda referente a los fugitivos de Osorno resultan absolutamente nuevas dentro de la tradición. Además,

²² Díaz de Rojas, Silvestre Antonio, «De un viaje desde Buenos Aires a los Césares, por el Tandil y el Volcán, rumbo de sudoeste, comunicado a la corte de Madrid, en 1707, por S.A. de Rojas, que vivió muchos años entre los indios peguenches» en De Angelis, Pedro, *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna del Río de la Plata*, Imprenta del Estado, Buenos Aires, 1836-7.

²³ «Desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares, que por otro nombre llaman la «Ciudad Encantada», 1760, y «Descripción de Patagonia y de las partes adyacentes de la América Meridional», 1774, en De Angelis, P., op. cit. Sin embargo, a pag. 731 de esta edición, el autor desmiente categóricamente la posibilidad de la existencia de la Ciudad de los Césares en Patagonia. Esta afirmación pareciera confirmar que el derrotero atribuido a Falkner por De Angelis, no es, como ya se ha puesto en duda, obra de dicho autor. Por presentar, además, una similitud muy marcada con el de Rojas, podría constituirse en una posterior elaboración del mismo. De hecho, el derrotero de Rojas representa, de acuerdo con las evidencias documentales, el texto en que se basa la creencia en la existencia de los «Césares», antes de la «Relación» de Pinuer. Esta suposición está confirmada tanto por la opinión de Amat y Juniet (Carta del 27 de abril de 1774 a Espinosa en: Medina J. T., Documentos, T. 192, N. 4488, p. 927; véase, también, nota 71) como por el hecho de que este texto se usó como «guía» durante la expedición de 1777 (Carta de Espinosa a Jáuregui, fechada en Mancera el 8 de enero de 1778, T. 336, pp. 738-739; Carta de Espinoza a Molina, del 9 de enero de 1778, T. 336, p. 697). De la carta de Espinoza a Molina, fechada 8 de enero de 1778 (T. 336, pp. 695-705), se desprende, también, que el interés por esta obra se originaba en el propio Madrid.

la expedición valdiviana de 1777 no parece responder a una lógica de defensa de las costas, como será el caso de la casi contemporánea expedición de los Viedmas. La «Relación» de Pinuer funcionó como «mito impulsador» —en una ciudad que nunca había sido un centro de irradiación de la leyenda— porque Valdivia se constituye en un ambiente propicio tanto para la organización de la empresa como para la aceptación de la nueva versión de la leyenda.

Valdivia, plaza fuerte y ciudad de frontera.

Durante los últimos decenios del siglo XVIII, Valdivia, situada a 38º de latitud sur, tras la línea fronteriza del Biobío, puede considerarse una ciudad «artificial». Reconstruída en 1645 para defender el flanco occidental del imperio contra una eventual invasión de ultramar, está completamente subordinada a las exigencias estratégicas de la corona española. En este período, además, su rol de baluarte defensivo del imperio vuelve a tomar fuerza, como se desprende, por ejemplo, de las iniciativas impulsadas por el capitán general de Chile Amat y Junient, que intentan reforzar las defensas de la ciudad en caso de un ataque enemigo, durante la guerra de los siete años. Se trata, en 1758, de la evacuación de Valdivia en favor de la isla de Mancera, que habría entregado mayor fuerza al puerto «para propulsar qualquier enemigo de mar» y mayor seguridad a «la gente forzada que milita y trabaja en el Presidio»²⁴. Posteriormente, en 1768, con la formación de la Junta real de fortificación, la corona pone en marcha un amplio proyecto de remodelación y restauración de las fortificaciones y de la artillería pesada. Si la urbanística se va adaptando a la «razón militar» expresada por la corona, también la sociedad valdiviana ya está fuertemente caracterizada por la presencia del elemento militar, cuyo estado mayor, junto el religioso, sostiene un poder casi absoluto en la ciudad. De hecho, por ser una plaza fuerte, Valdivia alberga a una guarnición, a una compañía de pardos, a una milicia ciudadana; por ser también un presidio, alberga a un cierto número de desterrados, remitidos anualmente desde Lima²⁵.

Sólo a contar del año 1743, Valdivia pasa a depender directamente

²⁴ Amat y Junient, Manuel de, «Historia geográfica e hidrográfica», RChHG, n. 52 (1924-1928).

²⁵ *Reglamento para la guarnición militar de Valdivia y castillos de su jurisdicción: Número de Cabos, Oficiales, Soldados, Artilleros, y demás Individuos de que ha de componerse; y sueldos que han de gozar para su subsistencia, Año 1753, de orden de su majestad, En Lima, Por Francisco Sabrino, en la calle de la Barranca.*

de la Capitanía General de Chile, por lo menos en lo que se refiere a los aspectos militares; sin embargo, continúa dependiendo de Lima para su abastecimiento. De hecho, su propia sobrevivencia, lo que pone de manifiesto la imposibilidad de un desarrollo autónomo de la plaza fuerte, depende en gran medida del navío del Real Situado, que abastece a los habitantes de géneros y de víveres —charque, o cecinas de vaca, harina, grasa, frijoles, ají—²⁶ y trae los sueldos para los militares. La falta de un desarrollo económico autónomo y los frecuentes casos de corrupción administrativa son rasgos caracterizantes de la ciudad. Sumida a la escasez de recursos y a una creciente merma demográfica, Valdivia vive una imparable decadencia, que hace aún más amargo el recuerdo de un pasado rico y glorioso. De la ciudad de oro y plata quedan tan sólo «los escombros de sus edificios arruinados, que hoi, no sin dolor, se ven i se admiran»²⁷. La única posibilidad de desarrollo económico de la ciudad esté en desatarse de los vínculos del real situado y de los especuladores que lo controlan, y en apoderarse de más tierra, la fuente de recursos más rentable de la zona, incluso a costas de los naturales²⁸.

Valdivia es también un enclave dentro del territorio ocupado en forma estable por los indígenas. «Sus habitantes, españoles europeos, peruanos i chilenos»²⁹, conducen una vida «separada de todo el mundo»³⁰, ya que no sólo viven lejos de los asentamientos españoles de Chile central sino también porque las comunicaciones hacia Concepción son muy dificultosas, como destaca un observador contemporáneo; «el camino de la costa, jiro de los correos es el más seguro, aunque más largo y se frecuenta mensualmente» y «el de los llanos, nombrado de Maquegua, se dirige a Nacimiento, (fuerte a este lado del Bío Bío) más llano y corto, pero los indios rateros de su tránsito no dan lugar a su pasi i se ha cerrado enteramente después del último alzamiento»³¹...» Según Carvallo

²⁶ Usauró Martínez, Pedro. «La verdad en campaña: relación histórica de la plaza, puerto i presidio de Valdivia», en: Anrique Nicolas, *Biblioteca Jeográfica-Hidrográfica de Chile*, Imprenta Elzeviriana, Santiago, 1918.

²⁷ Carvallo Goyeneche, Vicente. «Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile», CHCh, tomos VIII, IX, X, Imprenta de la Librería el Mercurio, Santiago, 1875, p. 178.

²⁸ Usauró Martínez, P., op. cit., p. 97, p. 211, pp. 138-139; Carvallo Goyeneche, V., op. cit. p. 179, pp. 183-184; Ascabusi, Miguel de, «Informe cronológico sobre las misiones del Reino de Chile hasta 1789» en: Gay, C., *Historia física y política de Chile, Documentos*, Paris, 1846, p. 339.

²⁹ Carvallo Goyeneche, V., op. cit., p. 143.

³⁰ J. Perfecto de Salas en: Donoso, Ricardo, *Un letrado del siglo XVIII, el doctor José Perfecto de Salas*, Universidad de Buenos Aires, 1963, p. 124.

³¹ Usauró Martínez, P., op. cit., p. 97.

Goyeneche, los valdivianos son poco menos de tres mil; en las parcialidades de Pitubquen, Doquell, Quetatué, Chedquee, Palecahuin, Cudihue, Mariquina, Rarique, Quinchilca, Riobueno, Nagttolten, Quintoquin, Queuli y Guada, los indígenas alcanzarían los 20000.³² En las tierras que median entre Valdivia y Chiloé viven los indios llamados huilliches, que, de acuerdo al testimonio de Usauro Martínez, se han mantenido fieles y aliados de los hispanos-criollos hasta Toltén, no obstante los alzamientos de 1768 y 1772. Los huilliches «motejan de bárbaros» a los pehuenches i puelches, «que habitan entre las cordilleras, i separadas estas de una i otra parte», ya que, «aunque en general siguen las mismas costumbres, se particularizan en comer caballos i yeguas, aun más vacas, i en beber la sangre de las reses conforme sale del degolladero». Aún más «bárbaros» serían los puelches, en lo que se refiere a su idioma, a su alimentación y a sus hábitos obscenos. Usauro Martínez sólo les reconoce la gran habilidad de cazadores, al usar flechas envenenadas y el «laque». También destaca que «hay comercio y comunicación hasta el Río Bueno, pero más abajo se impide por cuanto los indios que llaman de Osorno, i consecuentes hasta Chiloé, han sido siempre conocidos con el epíteto de alzados, i han negado enteramente nuestra comunicación i entrada interior, que ha imposibilitado nuestra intelijencia i trato con los demás indios que habitan el vasto país que se consiera pasada la cordillera hasta el mar del norte.³³ También hay mestizos e indios (en la época, más de cien) habitando dentro de la propia ciudad.

Entre vecinos valdivianos e indígenas, se ha creado un sistema de relaciones que incluye aspectos diferentes. En el decenio 1770-1780, por ejemplo, la actividad misionera impulsada por los franciscanos de Chillán, después de la expulsión de los jesuitas, se intensifica y conlleva la fundación de muchas misiones que se constituyen en un punto de avanzada en el territorio huilliche.³⁴ También, entre los dos grupos se han desarrollado intercambios comerciales. En las «Ordenanzas» de 1741, por ejemplo, se autorizaba a los vecinos para entablar con los indígenas conchavos con «añil, chaquiras, pañete, ballestas, sombreros, cintas y otras cosas semejantes»³⁵; gracias a las reses y al ganado menor que compran a los indios de Riobueno, los valdivianos pueden también

³² Carvallo Goyeneche, V., op. cit., p. 178.

³³ Usauro Martínez, P., cap. XLIV.

³⁴ Ascabusi, M. de, op. cit.

³⁵ «Ordenanzas Políticas y económicas de la Plaza de Valdivia», RCHG., 60, 1928.

abastecerse de carne fresca; además, truecan «un pequeño renglón de 4 o 5000 ponchos»³⁶. La sal y el añil son los productos más apetecidos por los indígenas; muchos de ellos llegan a la ciudad con sus canoas, para vender sus mercaderías, desde diez y aun más leguas de distancia.

Sin embargo, el indio se sigue considerando un enemigo cuyas características serían «perfidia, alevosía, retería, avaricia, cautela, envidia, embriaguez, superstición i noveleria».³⁷ Hacia la «frontera de indios»³⁸ se ha edificado algunas fortificaciones que «guarnecen sus cerrillos».³⁹ En 1759, se pone en marcha una verdadera penetración agresiva: una expedición de 139 soldados –entre valdivianos y limeños– sale, por orden de Amat y Junient (a la sazón presidente de Chile), de Valdivia al mando del capitán Juan Garretón. Sus objetivos son la restauración de Osorno y la apertura de un camino hacia Chiloé para recibir de la isla un «socorro cierto» en caso de invasión por parte de los «enemigos de Europa».⁴⁰ Los indígenas reaccionan con violencia y atacan al contingente. Cercados, hambrientos y con algunos heridos, los españoles se salvan gracias al socorro que llega de la plaza fuerte de Valdivia; sin embargo, consiguen un resultado de cierto relieve, a saber, la fundación de dos fuertes, el «de Huequecura» y el «de San Francisco».⁴¹

Al finalizar la expedición a los llanos, el comandante Garretón, «este héroe tan noble y generoso» –de acuerdo al poema del padre Merino, que celebra la hazaña– consiguió llevar a Valdivia «un prisionero, que ha preso con esmero, habiendo una gran dicha conseguido, pues de la revelión causa había sido. Con este y una India entró en la Plaza, que con la industria de su red enlaza».⁴² Según las declaraciones de dicho cautivo, el indio Ancamilla, los guerreros indígenas habían atribuido el repentino estallido de granadas (una estratagema inventada por Garretón, que les había, con toda probabilidad, asustado tremendamente) a la intervención de los legendarios habitantes de la ciudad oculta. De esta

³⁶ Carvallo Goyeneche, V., op. cit., p. 187.

³⁷ Usauro Martínez, P., op. cit., p. 151.

³⁸ Carvallo Goyeneche, V., op. cit., p. 181.

³⁹ Usauro Martínez, P., op. cit., p. 97.

⁴⁰ Amat y Junient, M., op. cit.

⁴¹ Amat y Junient, M., op. cit., p. 362 y p. 365.

⁴² Merion de Herida, Pedro, *Relación de la gloriosa función que lograron las Armas Españolas la noche del 27 de enero del año 1759, mandadas por el comisario General de Caballería D. Juan Antonio Garretón y Pibernet, Capitán Comandante de la Plaza de Valdivia de orden del EXMO SEÑOR DON MANUEL AMAT Y JUNIENT*, impresa en Lima en 1767.

forma, los ex osorninos habrían roto su secular sigilo para ayudar a sus hermanos cristianos en apuros. Pinuer, que había presenciado al interrogatorio del cuatiro, de aquel momento empieza a creer en la existencia de esta fabulosa ciudad.⁴³ La versión tradicional de la leyenda de los Césares es conocida en el medio valdiviano: tanto Carvalho Goyeneche como Usauro Martínez adoptan la versión rosalina que apunta a los naufragios patagónicos como componentes de la leyenda y, por consiguiente, refieren el término César al emperador Carlos V. Usauro Martínez menciona a Mascardi, a los navegantes del estrecho Dampierre, Codaminne y N. Olivares;⁴⁴ Carvalho Goyeneche, por su parte, menciona el derrotero de Rojas.⁴⁵ Sin embargo, la versión que se difunde en consecuencia de la captura de Ancamilla, y que Pinuer recoge, es totalmente original y nueva en comparación a las mencionadas por estos autores.

La fundación de nuevas misiones y la expedición a los llanos reflejan la existencia de una tendencia expansiva en Valdivia en el período tomado en consideración. Dicha tendencia depende, por una parte, del deseo de poder comunicarse por vía terrestre con Chiloé; por otra, de la decadencia económica de la ciudad. Este aspecto —junto con el ambiguo sistema de relaciones entrablado con los indígenas, que no excluye la penetración en armas en su territorio— constituye un estímulo para la organización de la expedición. Conjuntamente, el sentido de aislamiento y de precariedad, el gran miedo de 1598 que aún permanecía en el imaginario colectivo de los valvidianos⁴⁶ y los «acontecimientos infaustos»⁴⁷ que habían assolado la ciudad en los últimos decenios debieron, por un lado deseable la presencia de otros españoles cerca de Valdivia y, por otro, hacer aceptable, también a las autoridades religiosas y militares de la plaza fuerte, la versión de la leyenda brindada por Pinuer. Por último, la mentalidad común en la época consideraba posibles y reales todo tipo de mitos y de sitios fantásticos.⁴⁸

⁴³ Véase, al respecto, su «Relación» (T. 335, p. 546). También Fray Benito Delgado, en su memorial, hace remontar las noticias sobre los «Césares» a la confesión de Ancamilla (T. 336, p. 823 y p. 830).

⁴⁴ Usauro Martínez, P., op. cit., p. 159-160.

⁴⁵ Carvalho Goyeneche, V., op. cit. pp. 191-194.

⁴⁶ Entre otras evidencias, véase la propia «Relación» de Pinuer (T. 335, pp. 557-558).

⁴⁷ Adoptamos aquí la expresión utilizada por Rolando Mellafe, en: *Historia social de Chile y América*, Santiago, Editorial Universitaria, 1986. Aludimos a las calamidades que se habían dado en Valdivia en 1736 (epidemia de viruela), en 1737 (terremoto), en 1748 (un gran incendio).

⁴⁸ Gil, J., op. cit.

Sin embargo, la leyenda pudo haberse mantenido en el ámbito de la tradición oral de Valdivia, si una circunstancia casual, la que se explorará a continuación, no hubiera incitado a Pinuer a transcribirla y enviarla a Jáuregui. La gestación de la empresa: la perspectiva valdiviana y la visión de las autoridades españolas.

De acuerdo a las evidencias documentales, la casualidad de dicha circunstancia resulta aún más singular, si se examinan las motivaciones del capitán valdiviano. El 9 de marzo de 1774, Fray Angel Pinuer, seráfico de Valdivia, aprovechando la estadía en Concepción de Jáuregui, entregó personalmente a éste su pliego a nombre de don Ignacio Pinuer, su padre, capitán graduado y lengua general de la plaza de Valdivia.⁴⁹ Esta práctica no era usual, puesto que no se había seguido la vía jerárquica, de acuerdo con las normas burocráticas y militares. Denotaba, además, una gran cautela por parte del remitente. En la carta de presentación que acompañaba la correspondencia, Pinuer se despedía de Jáuregui de esta forma: «A. V. S. ría pido y suplicome aya p.r. presentado en el descubrimiento desta incognita Ciudad declarandome p.r. su primer descubridor respecto a no haver llegao ante su V. S. ninguno otro con tan anticipadas y verdaderas noticias: p.r. parecer de justo en lo q.e recibire merced y gracia de la franqueza de V.S. Ingasio Pinuer»⁵⁰ Al abogar para que se considere primer descubridor y se le reconozca la prioridad en haber proporcionado noticias confiables acerca de la ciudad oculta, el capitán de amigos demuestra estar al tanto de que existía alguien con la posibilidad de arrogarse el derecho de que se lo condecorara con el mismo título. Se trataba del cadete Juan Enríquez, quien, el 20 de diciembre de 1773, se había presentado al gobernador de Valdivia, el coronel Joaquín Espinosa, comunicándole que tenía noticias ciertas de la existencia de una ciudad de españoles situada cerca del lago Ranco⁵¹. El 2 de enero, Espinosa, complacido por la información recibida, entregaba al cadete y a los soldados Francisco Aburto y Baltasar Ramírez una carta en castellano⁵² y la otra en «lengua Indica»⁵³ para que

⁴⁹ Carta de Pinuer de Jáuregui el 2 de julio de 1774 (T. 335, p. 612). Declaración de Pinuer del 24 de octubre de 1774, incluida en los expedientes enviados a Jáuregui por Espinosa, con carga fechada en Mancera, el 7 de diciembre de 1774 (T. 335, pp. 621-629 y pp. 935-940).

⁵⁰ Carta de Pinuer a Jáuregui, agregada a la «Relación», fechada en Valdivia, el 2 de febrero de 1774 (T. 335, pp. 539-540).

⁵¹ Informe de Espinosa a Jáuregui sobre las evidencias entregadas por Enríquez, fechada en Valdivia, el 20 de diciembre de 1773 (T. 335, pp. 568-571).

⁵² T. 336, p. 322-325.

⁵³ T. 336, p. 327.

las llevaran a los españoles «perdidos», con el propósito de entablar relaciones con dichos supuestos vasallos de la corona. Desilusionado por la conducta del cura vicario Benito Delgado, quien «se ofreció a que se lo avisaría al Señor Gobernador presente»⁵⁴, pero quien, al parecer, no había cumplido con su promesa; amargado por la decisión del gobernador de Valdivia que, al no confiarle el encargo del descubrimiento, no le reconocía los méritos adquiridos en 40 años de dedicación a su oficio;⁵⁵ decepcionado por la iniciativa del cadete, su sobrino político, y de sus compañeros que les habían sonsacado su secreto, ya que, como afirmaba Pineur, ellos mismos «tienen declarado que tienen por mí las primeras noticias»;⁵⁶ resentido con las autoridades valdivianas que por decenios le habían negado los medios para realizar el proyecto del descubrimiento⁵⁷; el capitán de amigos evitó deliberadamente dirigirse a Espinosa y quiso apelarse de la forma que hemos señalado, directamente a Jáuregui y luego a las autoridades del virreinato y de la metrópoli para reivindicar para sí la primogenitura del eventual descubrimiento. El buscaba su desquiete y la «Relación» era la forma más indicada para reivindicar la prioridad de sus averiguaciones y, junto con ella, poner en claro que sólo él podía tener la experiencia y la capacidad para llevar a cabo la empresa del descubrimiento.

En su informe, de acuerdo a las afirmaciones obtenidas de los indios, Pinuer relataba, bajo juramento, que los españoles de Osorno, luego de haber sufrido innumerables peripecias, habían logrado ganar una península, donde tenían sus haciendas varias personas acaudaladas de la misma ciudad de Osorno. Allí pudieron encontrar ganado, trigo, muchos piñones y la posibilidad de cobijarse en un lugar seguro. También, con el transcurso del tiempo, pudieron reforzarse nuevamente. La nueva ciudad se había fundado cerca del lago Ranco «una hermosa y profunda laguna, q.e es Madre del Rio Bueno y dista dela Ciudad de Osorno, tres o quatro leguas, al pie de la cordillera, y del volcan Osorno dieze o ocho leguas. Es la laguna tan grande que ninguno de los Yindios puede dar noticia de su termino (ablo de latitud), es profunda, y mui abundante a Pesses; en esta tienen los españoles muchas embarcaciones

⁵⁴ Declaración de Pinuer del 24 de octubre 1774. (T. 335, pp. 621-629 y pp. 935-940).

⁵⁵ «Relación» (T. 335, p. 529).

⁵⁶ Declaración de Pinuer del 24 de octubre de 1774, véase nota 49.

⁵⁷ En la misma declaración, Pinuer enumera a todas las autoridades e incluso al oidor José Perfecto de Salas - igual como lo hizo en su «Relación»- a quienes había anteriormente informado sobre la existencia de la ciudad oculta de los españoles (t.- 335, p. 937).

p.a. el ejercicio de la pesca, y p.a la comunicación a otras Islillas mas que ay en medio de la dha laguna o Mmar (com los yndios llaman)⁵⁸.

En realidad, especificaba Pinuer, se había edificado la ciudad en una península cuyas características peculiares la hacían semejante a una isla—hasta el punto que los documentos la califican frecuentemente de isla—lo cual le proporcionaba un alto grado de seguridad y una buena posibilidad de defensa contra eventuales enemigos⁵⁹. Además, la ciudad contaba con fortificaciones (un ante muro de rebellín, una muralla de piedra, un foso con puente levadizo, un otro muro, grandes y fuertes puertas), tenían un ejército y se servía de artillería y de armas tradicionales como lanzas, espadas, puñales y «lagras»⁶⁰.

Los signos más evidentes de que la ciudad aún estaba poblada por españoles se debían a las descripciones que los informantes indígenas hacían el aspecto físico y de los atuendos de ellos: «Y mas qu.e este los avia visto, q.e son hombres blancos, corpulentos, rubios»⁶¹. «Sus vestidos son de color musgo ala antigua (segun se explican los Yndios), usan de sombrero, camissa, chupa larga calsones de Bucle, o bombachos, y los sapatos muy grantes. Los que andan entre los yundios a conchavo segretam.te estan vestidos de coletos, y siempre andan con las armas en las manos, los yndios no saben su ussan de capa, o no, p.r. q.e solo los ven fuera del muro a cavallo, son muy blancos, barba serrada, y de estatura mas q.e regular pp.r lo comun»⁶².

«... que serca de su cassa ay un serro bajo o loma donde se divissa la ropa blanca...»⁶³

La situación económica de los oriundos de Osorno se presenta como cómoda, pues les había permitido no solamente sobrevivir sino expandirse al punto que muchas familias se habían trasladado al otro lado de la cordillera, donde habían fundado «otra nueva Ciudad mui dilatada, aunq.e inferior a la capital. Esta se encuentra a orillas de la misma laguna frente de la otra»⁶⁴.

⁵⁸ «Relación», (T. 335, p. 547). De aquí en adelante, en ausencia de otras precisiones, con este término nos referimos al informe de Pinuer del 2 de febrero de 1774.

⁵⁹ «Relación» (T. 335, p. 549).

⁶⁰ «Relación» (T. 335, p. 549).

⁶¹ «Relación» (T. 335, p. 561).

⁶² «Relación» (T. 335, p. 550).

⁶³ «Relación» (T. 335, p. 562).

⁶⁴ «Relación» (T. 335, p. 550).

En la ciudad había un rey, cuyas características parecían bastante peculiares; los indios relataban que un chilote que se había extraviado en octubre de 1773, había tenido la oportunidad, al llegar casualmente a la ciudad, de saber algo al respecto. El centinela lo había instado a retirarse de inmediato, «pues el rey era un hombre tan tirano que solo se congratulava de hacer muertos...»; agregaba Pinuer «q.e lo han visto en los Parlam.tos de poca edad, y de estatua regular, blanco y rubio»⁶⁵. Para vivir mas seguro de los españoles, «aqu.l Rey tiene anualmente parlamentos, con los indios de su jurisdic.n q.e son muchos, y tambien convoca a los peguenches con quienes tiene igual familiaridad...»⁶⁶

El secreto con que se envolvía la ciudad era voluntariamente mantenido por sus habitantes: «... el punto sobre q.e se abla con maior fuerza con todos aquellos Yndios es sobre q.e no permite pasar alguno, o salir de aquella Ciudad p.a aca; como igualm.te no permiten llegar ninguno de afuera (esto es Españoles), tanto por los caminos que tenemos p.a alla, como por los q.e tenemos p.r los peguenches o cordillera inmediata dellos, y q.e en el caso de intentarlo alguno, o algunos, sin la menor consideracion los matan». Afirmaciones, éstas, que no dejaban indiferente a Pinuer, que así comentaba: «Eso hace creer q.e aquellos hombres estan bien allados en su retiro...»⁶⁷

Finalmente, el autor de la «Relación», puntualizaba que: «Esta es ... la de ¿una ciudad grande de Españoles (no la de Zezares que vulgarmente llamamos y de que tambien dexe las noticias que he adquirido)»⁶⁸.

Jáuregui debió reflexionar sobre los pormenores de la «Relación» que se la había entregado –y que acabamos de señalar específicamente– y extraer de ellos algunas alarmantes conclusiones. El informe que le había enviado Pinuer, podía considerarse, en varios aspectos, muy poco creíble por su propio contenido; además, ni Pinuer ni ningún otro vecino de Valdivia habían visto con sus propios ojos la ciudad de los españoles perdidos y todas las informaciones procedían de algunos caciques indígenas que, pese a ser «amigos» de Pinuer desde muchos años y haber trabado con él incluso relaciones de parentesco, podían tener varias razones para mentir.

⁶⁵ «Relación» (T. 335, p. 551).

⁶⁶ «Relación» (T. 335, p. 553).

⁶⁷ «Relación» (T. 335, p. 553).

⁶⁸ «Relación» (T. 335, p. 543).

Sin embargo, una vez establecido el hecho de que era muy improbable que existiera una ciudad de españoles perdidos, el informe de Pinuer se prestaba a una lectura diferente, que podía despertar inquietud y preocupación en un político experimentado como Jáuregui. El capitán general de Chile sabía que, en general, los indios de la frontera tenían acceso a espacios mucho más amplios que los conocidos por los españoles. Si los indios de Ranco y los de Río Bueno aseguraban que existía una ciudad fortificada a orillas del lago Ranco, no había ninguna prueba para demostrar que dicha afirmación no era cierta en absoluto o que no tenía, por lo menos, algunos elementos de verdad; quizás la ciudad no existía en el lugar indicado, tan cercano a Valdivia, pero sí más allá, «tierra adentro», hacia o detrás de la cordillera, incluso en la Patagonia; quizás los hombres blancos, rubios y corpulentos podían ser europeos, pero no necesariamente españoles; quizás el secreto que querían mantener sobre su existencia y ubicación, se debía a motivos estratégicos y militares; quizás, la voluntad de ocultarse de los españoles de Chile dependía del hecho que eran extranjeros y enemigos.

Con mayor razón, las otras informaciones contenidas en el relato de Pinuer podían engendrar sospechas e inquietud. Los desconocidos habitantes de la ciudad perdida eran muy numerosos, al punto de que ya se hablaba de dos ciudades fortificadas e, incluso, de una más: la verdadera ciudad de los Césares. Tenían fortificaciones y ejércitos; sus condiciones económicas eran florecientes; estaban bien abastecidos de víveres y de armas de fuego; mantenían con los indios, al parecer, pacíficas relaciones comerciales y políticas, mientras que su jefe, un rey, tenía una actitud fuertemente agresiva hacia los españoles que ocasionalmente habían llegado a la ciudad y, además, no estaba interesado en trabar relaciones amistosas con los españoles de Valdivia.

Jáuregui juzgó que en la relación de Pinuer había material más que suficiente para proseguir con las investigaciones, ya que era su obligación interceptar cualquier intento de invasión por parte de los enemigos de España, en particular de los ingleses. Su presencia en el sur del océano Atlántico no era una leyenda, como demostraba el intrincado episodio de las islas Malvinas. Además, durante todo el siglo, expediciones navales de varias nacionalidades habían tomado la ruta del Cabo de Hornos o de Magallanes para pasar de un océano al otro⁶⁹.

⁶⁹ Además de la señaladas anteriormente, recordemos las expediciones de Anson de 1740; la de Bougainville (1766-69); los viajes de Cook (1768-1771; 1772-1776; 1776-1780).

Si las autoridades españolas estaban preocupadas por eventuales invasiones en la costa atlántica, aún más debía preocuparle la circunstancia de que los ingleses tuviesen el camino abierto por vía terrestre desde el Atlántico hasta Valdivia, que representaba la más importante plaza fuerte del Pacífico, pero cuyos cañones estaban dirigidos hacia el mar. Con razón, entonces, Jáuregui tomó la decisión de no dejar de lado el fantástico informe de Pinuer y ordenó a Espinosa que «sin pérdida de tiempo y con la mayor cautela y reserva hagala Información relatiba al descubrimiento dela Verdad y del fundamento que pueden tener las citadas noticias»; además, recomendaba que le enviara lo más rápidamente posible las diligencias pertinentes, con un informe que señalara lo que el propio gobernador de Valdivia estimase conveniente hacer para descubrir la ciudad.⁷⁰

El 12 de abril de 1774, Espinosa despacha a Santiago el conjunto de las evidencias recogidas, incluidas las declaraciones juradas de quienes habían rendido testimonio. Todos los interrogados coinciden en afirmar que, a raíz de la hostilidad de los indios que han jurado «primero morir que rendirse ni desamparar su tierra», la única forma para poder descubrir a los españoles perdidos y comunicarse con ellos, es utilizar la fuerza. El propio Pinuer, por ejemplo, «Preguntado que dificultad encuentra para descubrirlos y comunicarlos», responde: «No quieren los Indios dar paso y que solo a fuerza de armas se pudiera entrar». A la misma pregunta, otros declarantes contestan de la misma manera, destacando que los indios no están dispuestos a dar paso a los españoles pacíficamente⁷¹.

Todos los testigos, además, manifiestan que es necesario emplear la fuerza para lograr el objetivo de descubrir la ciudad oculta. El propio gobernador Espinosa expone a Jáuregui prácticamente un proyecto de entrada en armas a la ciudad de los osorninos. Afirma Espinosa que, dado por sentado que los habitantes de la ciudad misteriosa siguen siendo súbditos del monarca español **«no hay otro arbitrio que la fuerza»**, aunque es prudente conseguir, lo antes posibles, más información acerca del origen y de la situación de las poblaciones ocultas, para asegurar el descubrimiento sin gastos contingentes. Añade que su

⁷⁰ Carta de Jáuregui a Espinosa, fechada en Santiago, el 9 de marzo de 1774. (T. 335, p. 540).

⁷¹ Carta de Espinosa a Jáuregui, fechada en Mancera, el 12 de abril de 1774, enviada como presentación de los interrogatorios de Ignacio Pinuer, Gregorio Solís, Marcelo Silva y Juan Enríquez (T. 335, pp. 592-602).

experiencia militar le da a conocer que **«con quatrocientos hombres sin istruidos y disciplinados pudiera conseguirse la empresa con triunfo de la oposición muy temida»**⁷².

Cabe señalar, en este punto, que lo subrayado está en el documentp original. La propuesta de emplear un contingente de 400 soldados no pudo haber dejado indiferente al destinatario, el propio capitán general de Chile, si él se preocupó de subrayar la aseveración de Espinosa.

Luego de haber recibido el pliego de Espinosa, Jáuregui puede, por fin, concluir que ha venido «en conocimiento» de la uniformidad de las noticias «de la havitación de españoles en las inmediaciones de Ranco». Luego de haber expresado su apreciación por «el dictamen y zelo» de Espinosa (quien, de hecho, ha tratado de modificar su actitud impulsiva del comienzo) «en quanto conduce al servicio de Dios y del Rey para librar en esa atención las providencias que corresponde», comunica sus disposiciones. En ellas, podemos apreciar la política de prudencia que el presidente de Chile pretende aplicar en el futuro. Antes de emprender cualquier iniciativa tendiente a la búsqueda de los desconocidos españoles, primero se debe intentar, sin arriesgar vidas humanas, obtener más información y conseguir algunas prendas como prueba de su existencia. Luego, hay que buscar la amistad y la cooperación —siempre y cuando sea garantizada por rehenes—, de los caciques de Ranco, «suspuesto que voluntariamente lo han solicitado y que V.S. les ha franqueado la suya mostrandose la con expresiones y agasajos». Finalmente, hay que llevar a cabo una primera diligencia, que sólo consiste en demarcar los caminos y avistar la ciudad, evitando en absoluto recurrir a acciones de fuerza⁷³. Jáuregui sintetiza así la política borbónica hacia las naciones araucanas, que está basada esencialmente en la intención de evitar cualquier hostilidad o agresión contra los indígenas. En el fondo de esta postura, existen dos reales preocupaciones: en primer lugar, la de evitar el surgimiento de circunstancias favorables al estallido de una sublevación indígena; en segundo lugar, la de impedir que los indios puedan, como consecuencia de la conducta de los españoles, aliarse con los enemigos de la corona.

Además de los aspectos generales de la política borbónica, Jáuregui debía también tener en cuenta la situación específica de Chile y lo

⁷² Carta de Espinosa a Jáuregui del 12 de abril de 17743 (T. 336, p. 349).

⁷³ Carta de Jáuregui a Espinosa, fechada en Santiago, el 27 de mayo de 1774 (T. 335, pp. 603-605).

complejo de las relaciones fronterizas con la nación araucana. En el proyecto de descubrimiento de los fugitivos de Osorno, se ocultaban intenciones expansivas cuyo significado no era ignorado por los indígenas de las inmediaciones de Valdivia, ya sea que fuesen alzados, pehuenches o huilliches. En muchas declaraciones de testigos, se destaca el hecho de que los indígenas han juramentado no revelar el secreto de los Césares por el temor de que los españoles «los harían esclavos y los sujetarían a encomiendas», ya que «quieren poseerles sus tierras y bolverlos acer trabajar y a la esclavitud que los tenían los antiguos»⁷⁴. Finalmente, los indios expresan su temor de que los valdivianos, al encontrar la ciudad de los osorninos, puedan reanudar sus contactos con ellos y con los chilotes⁷⁵.

De hecho, en Valdivia, no se habían producido problemas relevantes durante los levantamientos de 1768 y 1772, de acuerdo con las afirmaciones de los contemporáneos⁷⁶. En cambio, el 2 de marzo de 1774, Espinosa tuvo que ir aceleradamente de Mancera a Valdivia y celebrar allí una junta de notables «a la cual se hizo llevar para tomarle declaración a un indio que estaba al cabo de los pormenores y quien dijo que el alzamiento se fraguaba entre los puelches que querían unirse con los de Quinchilca y Guanahue y avanzar a la plaza por la dos orillas del rio siendo su primera intención tomar a los españoles de las chacreas para que no diesen aviso y quemar y asolar en seguida cuanto encontrasen»⁷⁷. Evidentemente, la noticia de una posible expedición había tenido sus consecuencias. La amenaza de rebelión conllevará la construcción de dos torreones defensivos. Se trataba de síntomas alarmantes dentro de la visión política que Jáuregui perseguía. No sorprende que el gobernador de Chile recomendara a los valdivianos los «medios suaves».

También el virrey compartía su visión. En su respuesta al informe sobre los Césares (enviado por Jáuregui el 29 de marzo de 1774), Amat alababa el «proyecto pacífico» de Jáuregui y apoyaba incondicionalmente

⁷⁴ En las frecuentes referencias a la esclavitud por parte indígena debe estar presente también el recuerdo de las expediciones esclavistas desde Chiloé. Al respecto, véase Alcaman, Eugenio, *Los mapuche-builliche del Futbuillimapu septentrional: expansión colonial, guerras internas y alianzas políticas (1750-1792)*, Ponencia presentada en el III Congreso Internacional de Etnohistoria, El Quisco, 19-23 de julio de 1993.

⁷⁵ Declaraciones del cacique Mandoman, de Pinuer y de Aburto (T. 335, p. 560, p. 592, pp. 736-737).

⁷⁶ Usauro Martínez, p. op. cit.

⁷⁷ Medina, José Toribio, *Cosas de la colonia*, Segunda Serie, Santiago, 1952, p. 301.

la decisión de Jáuregui por adoptar «medios suaves». Esta eficaz expresión servirá para indentificar desde ahora en adelante, la idiosincracia de la acción exigida por el poder metropolitano hacia las naciones indígenas en el asunto de los españoles extraviados. En la misma carta, Amat establece una relación entre la misteriosa ciudad de los descendientes de los osorninos y la ciudad de los Césares, de cuya existencia parece no dudar en absoluto. «Solo –añade– me queda la duda de que sean esta poblaciones las mismas que hasta ahora son conocidas con el nombre de Cesares». Al respecto, brinda tres interesantes informaciones, una derivada de una experiencia personal, es decir la declaración de «una señora cuatava natural de Buenos Aires que tube la satisfacción de sacar de los mas retirado al sur de los Huilliches», que sostenía la existencia de «otras ciudades formadas de los fragmentos de Osorno»; las otras dos referentes a documentos que remontan a unos cincuenta años antes, es decir, una real cédula, fechada en Aranjuez el 18 de marzo de 1716, y el famoso derrotero de Silvestre Antonio Díaz, conservado en el Archivo del gobierno de Buenos Aires. Ambas serían «comprobante no despreciable» de la afirmación de la «señora cuatava». Tales informaciones –como hemos señalado anteriormente– reflejan que también Amat cree en la posibilidad de la existencia de otras ciudades, de origen diferentes, dentro de los exterminados espacios australes⁷⁸. El mismo día, 29 de marzo, Jáuregui envía otra carta a Arriagada para informarle que el Virrey comparte su punto de vista⁷⁹.

Se cierra en ese momento el círculo de noticias, autorizaciones e informaciones acerca de la ciudad perdida. Además, desde allí en adelante, se encuentra en los documentos en vez de las expresiones utilizadas anteriormente para la ciudad perdida, el término Césares, precedido por los adjetivos «decantados», «nombrados», «llamados», «nominados». Nos sentimos, por lo tanto, autorizados a utilizar también esta fórmula. No obstante, volvemos a enfatizar que en su relación Pinuer hacía una distinción entre la ciudad de los oriundos de Osorno y la ciudad de los Césares –que se habría ubicado en la Patagonia y que estaría formada por naufragos que allí habrían logrado sobrevivir– y que es Amat quien primero hace referencia a los Césares.

En respuesta a las instrucciones del presidente de Chile, el 6 de

⁷⁸ Carta de Amat a Jáuregui, fechada en Lima, el 27 de abril de 1774, archivada en Santiago el 4 de junio de 1774 (T. 335, pp. 608-611).

⁷⁹ Medina, J.T., *Documentos*, tomo 192, N. 4488, p. 927.

diciembre de 1774, Espinosa envía a Jáuregui una carta acompañada de una imponente cantidad de testimonios recogidos sobre los Césares y el resultado de la internación del cadete Enríquez. A pesar del ningún éxito en la empresa y de la fragilidad de la información de Espinosa, el tono general de su carta es optimista, puesto que, como él plantea, las noticias «hace muchos años que no varían» y él puede presentar, al respecto, nuevas evidencias. Una vez más, el capitán Pinuer —ahora comisario de naciones— confirma todo lo comunicado a Jáuregui y a los anteriores gobernadores de Valdivia y su disponibilidad a comandar la expedición de reconocimiento; precisa, al respecto, que se necesita por lo menos 1000 hombres para ejecutar la entrada, puesto que los indios están inquietos por los rumores que han escuchado sobre la expedición. Destaca, también, que no es posible —ni necesario— conseguir una prenda y señala que cerca del Cabo de Hornos hay tres ciudades grandes y una pequeña de «blancos». Finalmente, anuncia una novedad absoluta: la ciudad de los nombrados Césares no se halla cerca del lago Ranco, sino a orillas del Puyehue. Los caciques de Ranco, que por primera vez declaran en Valdivia, confirman la nueva versión. Entre ellos Antillanca, cacique gobernador de la reducción de Quinchilca, reputado buen informante, «por ser uno de los indios más inteligentes en sus noticias y q.e p.r el paraje en q.e vivía su ancianidad y barias entradas q.e tenían hechas a aquellas tierras posehia su conocimiento» asevera sin vacilar que «estaban allí aquellos españoles en la Laguna de Puigue y q.e el tenía el conocimiento de muchos años a esta parte y desde q.e tienen uso de razon de q.e alli estan acimentados»; el mismo cacique, de acuerdo a la «Relación» de Pinuer, había firmado anteriormente que estaban en la laguna de Ranco. También, repite lo dicho por otro cacique, Santiago Panicue, es decir «que tienen Inglesia grande en su Población y mucha plata y oro...», lo cual no concuerda con su declaración previa.⁸⁰

Todas las noticias que se han recogido no aportan ninguna prueba tangible como las exigidas por Jáuregui. Sin embargo, por primera vez, señalan la existencia de oro y plata en la ciudad y, por sobre todo, el desplazamiento de la ubicación de la ciudad del lago Ranco al lago Puyehue. Este último detalle no afecta, por lo demás, los convencimientos valdivianos acerca de la realidad de la existencia de la ciudad oculta.

⁸⁰ Carta de Espinosa a Jáuregui, fechada en Mancera, el 6 de diciembre de 1774, archivada en Concepción el 4 de marzo de 1775 (T. 335, pp. 614-619). Declaraciones de varios testigos (T. 335, pp. 921-940; pp. 621-655).

Finaliza el año 1774 sin que se haya conseguido pruebas efectivas de la existencia de los españoles perdidos. Asimismo, dos sucesos nuevos contribuyen a mantener vigente el asunto de los Césares: la amistad de Antillanca y de otros caciques de Ranco se formaliza en un verdadero «amisticio» y se manifiesta un interés específico por parte de la corona.

El 4 de marzo de 1775, Jáuregui recibió en Concepción una Real Orden, firmada por Arriagada, en la cual se decía que, enterado de la existencia de una ciudad de oriundos de Osorno, el rey quería que se solicitara al gobernador de Chile «esta averiguación por quantos medios puedan proporcionar la distancia y embarazo de su internación dando cuenta de las resultas».⁸¹

Días después, Jáuregui comunica a Arriagada el cumplimiento de la real orden del 15 de agosto de 1774. En ella, Jáuregui elogia las virtudes de la amistad –palabra clave, repetida cuatro veces en el texto– lo que ha permitido ganarse el agradecimiento de los indios, de manera que la jurisdicción de Valdivia se ha extendido más de cuarenta leguas hacia la cordillera, los indios de Ranco han recibido a Baltasar Ramírez como capitán de amigos y han facilitado el abasto de ganado a la plaza.⁸²

Una segunda real orden llega a Santiago, en respuesta a una carta de Jáuregui del 3 de junio de 1774, el 26 de abril de 1775. En ella se informaba a la corona del deseo de Espinosa de mandar una expedición de 400 hombres en busca de los Césares. También, se vuelve a recomendar el uso de los «medios suaves» para ganar a los indios y se ordena que no se «emprendiese operación alguna de hostilidad contra ellos sin consulta del Virrey».⁸³

Poco tiempo después, llega otra real orden que comunica que «se ha enterado el Rey de la Paz hecha con los caciques de Ranco por cuyo medio espera descubrir la existencia de los antiguos españoles salvados de la ciudad de Osorno; y para este logro y conservar la amistad de aquellos indios quiere su Magestad no se omita diligencia».⁸⁴

⁸¹ Real orden fechada en Ildefonso, el 15 de agosto de 1774, archivada en Concepción el 4 de marzo de 1775. El mismo día, Jáuregui envía una copia de la orden a Espinosa.

⁸² Carta de Jáuregui a Arriagada fechada en Santiago, el 8 de marzo de 1775. (Medina, J.T., Documentos, vol. 192, Nº 4493, pp. 285-287).

⁸³ Real Orden, fechada en Madrid, el 2 de diciembre de 1774, archivada en Santiago el 26 de abril de 1775 (T. 335, pp. 690-691).

⁸⁴ Real Orden fechada en San Ildefonso, el 10 de agosto de 1775, archivada en Santiago el 28 de noviembre de 1775; el 12 de diciembre se trasmite al gobernador de Valdivia.

Las reales cédulas que llegan a Santiago y que de inmediato se transmiten a Valdivia confirman, sin posibilidad de equivocaciones, que la voluntad de la corona ha sido bien interpretada por Jáuregui y por Amat. A Jáuregui –a quien las ordenes de la corona llegan después de casi un año de despachadas– no queda otra opción de seguir solicitando al gobernador de Valdivia la búsqueda de pruebas ciertas de la existencia de los Césares; incluso, se establece definitivamente que debe tratarse de una prenda.

A comienzos de enero de 1776, Espinosa informa a Jáuregui de su decisión de hacer un Parlamento para conseguir nuevas informaciones sobre los «Césares»;⁸⁵ luego le comunica los resultados de las misiones exploratorias de Aburto y Ramírez y de la disponibilidad de tres caciques de Ranco (Llancapichun, Catulef, Santiago Pañicue) para guiar a los españoles en busca de los «Césares». La fragilidad de este nuevo informe,⁸⁶ sin embargo, no escapa a Jáuregui, quien, destaca que todas las diligencias practicadas en realidad «sólo ratifican la existencia de los españoles, sin «dar mas arbitrio de lograr prenda u otro manifiesto». Debido a la oposición de los indios, concluye que es necesario «tener más certeza» y «mas seguras noticias» para poder resolverse «si se ha de usar la fuerza o los medios suaves».⁸⁷

Espinosa obedece las órdenes y en agosto del mismo año relata al gobernador de Chile los resultados de la nueva «internación» de Aburto y Ramírez, acompañados por el cacique Llancapuchin. Entre otras afirmaciones, Aburto destaca que: «pues assi como los Inddios de Ranco nos favorecen y franquean aiudarnos se oponen todos los indios de mas adentro y mas en el dia por hauerse echo notorio a ellos nuestro intento». En la misma oportunidad, vuelve a declarar Pinuer. Este, luego de reiterar sus afirmaciones previas, hace una nueva y sorprendente revelación: «que también sabe por los mismos indios que las poblaciones que hay hacia el Cabo de Ornos son de Navios perdidos y que segun lo cuentan los Yndios de su Lenguaje y trato no son españoles».⁸⁸ Su declaración abre la puerta a un sinnúmero de conjeturas y decisiones posteriores, empezando con las de Espinosa que el 15 de octubre envía

⁸⁵ Carta de Espinosa a Jáuregui, fechada en Mancera, el 8 de enero de 1776, archivada en Santiago el 7 de marzo de 1776. (T. 335, p. 727).

⁸⁶ Informe de Espinosa a Jáuregui, enviado el 21 de enero de 1776, archivado el 7 de mayo de 1776 (T. 335, p. 727).

⁸⁷ Carta de Jáuregui a Espinosa, fechada en Santiago, el 8 de mayo de 1776 (T. 335, p. 727).

a Santiago un pliego que consta de un conjunto de autos, recogidos a lo largo de algunos meses, que no se refieren directamente a los Césares, sino que apuntan a evidenciar la posibilidad de la presencia de extranjeros en la Patagonia. En la carta de presentación de los actos, el coronel informa que se están difundiendo noticias de que, además de los Césares, hay otras «gentes que están mas adentro asia el ueste que con respecto tendrán alguna entrada por el Oceano Atlhantico azia la costa Pagagonica» y se debe «sospechar por las Ocultas expediciones de los Ingleses atendiendo lo que se previene por la Real Orden que comunica el viaxe de las dos corbetas britanicas al cargo del capitán Cooxe».⁸⁹

Sabemos que la real orden sobre los viajes de Cook fue despachada de Madrid el 14 de julio de 1776,⁹⁰ pero no conocemos la fecha en que llegó a Chile y a Valdivia. Sin embargo, creemos que debió demorarse más o menos un año, como ocurría de costumbre. Espinosa, por consiguiente, tuvo que enterarse del viaje de Cook unos meses antes de este último despacho y debió aprovechar de este tiempo para recoger evidencias sobre la presencia inglesa en Magallanes. Con este fin encargó a Aburto que hiciera las averiguaciones del caso y tomó en consideración las declaraciones de algunos frailes vecinados en Valdivia —que remontaban a 1774 e, incluso, a 1750— quienes aseguraban haber visto a unos europeos en la costa magallánica.⁹¹ Esta novedad podría otorgar más fuerza al proyecto de descubrimiento de las Césares, ya que quedaba de manifiesto que las preocupaciones de la corona radicaban en un causa concreta, el tercer viaje del capitán inglés James Cook.⁹² Asimismo, el inesperado ofrecimiento de amistad por parte de los indios de Río Bueno debió frindar el pretexto definitivo para que Espinosa

⁸⁸ Carta de Espinosa a Jáuregui, fechada en Mancera, el 26 de agosto de 1776, enviada como presentación de las «provincias hechas» y de los interrogatorios de Francisco Aburto y Baltasar Ramírez (T. 335, pp. 731-742).

⁸⁹ Carta de Espinosa a Jáuregui, fechada en Mancera, el 15 de octubre de 1777 y actos relativos (T. 335, pp. 898-916).

⁹⁰ Carta de Jáuregui a Galvez, del 2 de diciembre de 1777 (Medina, J.T., Manuscritos, vol. 197, N^o 4735, p. 52).

⁹¹ Carta de Espinosa a Jáuregui, fechada en Mancera, el 15 de octubre de 1777, archivada el 2 de diciembre de 1777. La carta sirve de presentación a un conjunto de documentos recogidos con anterioridad a esta fecha (T. 335, pp. 898-912).

⁹² De acuerdo a la fecha de la real cédula y a la alusión a dos corbetas, es muy probable que el documento se refiera al tercer viaje de Cook. Véase el memorial correspondiente: *Troisieme voyage de Cook, Clerke y Gore, sur les Vaisseaux la Resolution y la Decouverte*, en 1776, 1777, 1778, 1779 y 1780, Hotel de Thou, Paris, MDCCLXXXV.

tomara, sin consultar previamente a Jáuregui, la decisión con la que soñaba desde hacía mucho tiempo.

El viaje

De hecho, el 20 de octubre de 1777 Espinosa envía a Jáuregui otro pliego, que contiene, junto a muchos expedientes, una significativa carta de presentación que explicaba por qué, un mes antes, el 18 de septiembre de 1777, había salido de Valdivia una expedición de 95 hombres en busca de los Césares.⁹³ En ella se informa al capitán general que, habiéndose presentado en abril a la plaza de cacique de Río Bueno Quepul, ofreciendo sus tierras y pidiendo una escolta y habiéndose también llevado a cabo –sin éxito– todas las diligencias relativas a los Césares para conseguir pruebas sin descuidar los «medios suaves», se ha tomado la decisión de despachar una expedición, basándose, primero, en la consideración de que los «decantados» Césares son oridundos de Osorno –y, como tales, vasallos del rey– y, también, en otros motivos: «...seg.do descubrir aquellos terrenos distantes; atraher la amistad de sus Indios, y contener con su conocimiento y trato los insultos que justamente son los hasta aqui temidos de este Presidio; y poder facilitar la población de Osorno, transito para Chiloe y establecimiento de la Religión en tan Basto Pais Infiel y el tercero y mas principal reconocer la certidumbre de las poblaciones Extranjeras que se suponen comunicar con los Cesares en aquellas situaciones y segun las declaraciones con comercio maritimo en costas del oceano Atlhantico...».

Añade también Espinosa: «Estos motibos y no poder demorar la empresa logrando la propuesta de los Indios si ndar lugar a sus inconstancias me han obligado a promoverla sin participarlo a V.S. atendiendo igualmente a los antecedentes ordenes de S.M. y de V.S. en no omitir diligencia combeniente para ellos siendo lisonja de mi obediencia no detener estos últimos recursos del encargo». Espinosa tenía, además, otro punto de apoyo en el informe de Aburto –que adjuntó en vía reservada a las actas relativas a la expedición– que recogía las revelaciones de los caciques Naucupangue e Imilguin, de Río Bueno, quienes le habían comentado que, además de los Césares, «había al otro lado de la cordillera a orillas del mar otros Guincas o Españoles nui

⁹³ Carta de Espinosa a Jáuregui, fechada 20 de octubre de 1777 y expedientes relativos (T. 335, pp. 769-855).

blancos y que eran muchos». Revelaciones, éstas, que parecían coincidir con la de la India María, «una cholilla recién benida de la tierra a lServ. de Doña Casimira Adriasola, la Mujer del D.n Joseph de Ulloa Mayor de Obras en este castillo», natural de Nahuelhuapi, que confirmaba la existencia de varias poblaciones de blancos.⁹⁴

Es muy posible que la importancia de una búsqueda que parecía involucrar también la presencia eventual de extranjeros fuese para Jáuregui lo suficiente significativa —junto con el hecho de que estaba costeadada por el propio Espinosa— para no intervenir contra la iniciativa personal del gobernador de Valdivia, la que, al parecer, podría incluso haber sido interpretada como insubordinación. Sin embargo, el 2 de diciembre de 1777, al despachar a Madrid un breve informe sobre lo ocurrido, Jáuregui no deja de destacar que él no había autorizado la expedición: «... todo lo que (Espinosa) espone haberse determinado con acuerdo de repetidas juntas que había celebrado con los oficiales i misioneros de aquel presidio sin esperar las ordenes de esta capitania general por no aventurar en la consiguiete tardanza la buena disposición de los caciques que habian ido a ofrecer para esta empresa i dado antes pruebas de que procedían de buena fe». El mismo día, Jáuregui envia asimismo a Madrid las noticias relativas a los supuestos establecimientos extranejos en Patagonia, haciendo referencia al viaje de Cook.⁹⁵ Finalmente, en la carga que despacha el 17 de julio de 1778, una vez recibidos los antecedentes relativos a la conclusión de la empresa, revela que había ordenado el retiro de la tropa: «...enterado prolijamente de todo resulta en substancia que quedando (Espinosa) recibió mi orden para que hiciese retirar la tropa con la sagacidad i precauciones correspondientes con respecto a la cortedad de su número incapaz de resistir las invasioines de los indios bárbaros si su genio suspicaz les inspirase la resistencia queera de recler i por otras razones militares ya había mandado lo mismo i en su cumplimiento se hallaba la gente de regreso ala plaza...».⁹⁶

En Valdivia, en cambio, los notables de la ciudad reunidos en varias Juntas, habían brindado su incondicional apoyo a la iniciativa del gobernador. Entre ellos, se destaca Pinuer. En su larga declaración, éste

⁹⁴ Informe de Aburto del 7 de junio de 1777, agregado a la carta y documentos del 20 de octubre de 1777 (T. 335, pp. 769-855).

⁹⁵ Medina, J.T., Documentos, vol. 197, N^o 4734 y N^o 4735 (pp. 50-53).

⁹⁶ Medina, J.T., Documentos, vol. 197, N^o 4740, p. 76.

afirma que no hay que perder la oportunidad que la casualidad ofrece para restablecer «aquella Población», es decir Osorno, arrasada durante el alzamiento general; agrega que «de refundarse la prometida se adquiere la posesión de los terrenos mas pingues y llanos q.e ay en esta Juris.on y por consexuente un nuevo freno a los Indios de ella y proporcion de abrir comercio y comunicacion p.r tierra con la Prov. de Chiloé dar mas abastos a este fuerte auxilio de Provinciales p.a su defensa en caso de guerra de mar y a los de aquella Prov. mas extencion p.a salir de la precion de aquellas Islas y granguear con el tiempo en barios Pueblos aumentar Dominio de la Corona y con las labores en tierras tan propicias u otros descubrimientos y trabajos de Minas, aumentar el Real Erario y el comercio con otras bentajas consequentes».

Pinuer añade que el ejemplo de los caciques amigos, podría atraer a otros caciques, que ahora se oponen, de tal manera que se podría llegar a formar una Provincia de más de cuarenta leguas de territorio, «el mas llano, mas fertil y mas propicio p.r la naturaleza para dar las resultas del arte y redundar en favor de la Corona y del comercio con el Puerto de Rio Bueno que puede franquearse».

El comisario de naciones realiza, incluso, apreciaciones militares sobre las posibles relaciones con los indígenas que se mantendrán «contrarios»: éstos no serán tan numerosos para oponerse al establecimiento español y los indios aliados deberán mantenerse fieles, «ya que para la comun de dar contra los españoles no tendran fuerzas pues estosiran quemando terrenos y con su establecim.to poniendo freno a estos naturales». También, desde un punto de vista más específicamente estratégico, la posible reconstrucción de Osorno conllevaría grandes ventajas; al respecto, Pinuer propone hacer dos salidas, una por Valdivia y otra por Chiloé, cuyos provinciales son muchos y desean extenderse. En Osorno resurgido, familias valdivianas podrán incorporarse a otras procedentes de chiloé, mientras que dos compañías podrán defenderlas, cuando se vayan acimentando; para su mantenimiento no le faltaran ganados y semillas coprados a los propios indios amigos».

También desde el punto de vista financiero, la conquista se presenta atractiva. Según Pinuer, la corona en breve podría recuadar buenos impuestos, como ocurría en el pasado, cuando la ciudad estaba todavía en sus principios; una vez restaurada, incluso lograría mayores ventajas. Pinuer continúa destacando que el nuevo asentamiento, podría permitir nuevas internaciones a las mismas cordilleras «endonde es comun sentir

y noticia se hallan los nombrados Cesares», o sea, los antiguos habitantes de Osorno. Afirma Pinuer que hay «tradición bien fundada» de haber muchas minas en aquellas cordilleras y que no será difícil descubrirlas, porque estarán patentes las labores antiguas. Además, la agricultura se presenta como muy ventajosa, porque «aquellos ganados» pastan en salitrales y son muy celebrados. Los mismo las semillas y «p.r ultimo son los mejores terrenos de este continente». Finalmente, concluye su declaración abogando por la realización de la empresa: «Ultimamente hallo q.e para los fines propuestos siempre es comben.te la Poblacion de Osorno con la q.e se estiende la Jurisdiccion se da paso y comercio por tierra con Chiloe se enfrenan y sujetan mas los Indios se pueden descubrir rricas minas y adquirir provinciales q.e defienden mas este Presidio».⁹⁷

En esta declaración de Pinuer, cobran importancia los móviles de carácter económico que sí atañen a una visión expansiva de los dominiones de la corona; pero, sobre todo, enfatizan la posibilidad de una explotación local de los apetecibles recursos que están todavía en las manos de los indios: las tierras fértiles, los ganados bien pasteados, las ricas minas y el comercio. Además, del objetivo prioritario, la búsqueda de los Césares, los valdivianos cultivan otra esperanza, que es la de reunirse, por vía terrestre, con los compatriotas de Chiloé, lo cual también implica una visión expansiva, tanto «tierras adentro», hacia el sureste —quizás, en última instancia, hasta el Atlántico—, como hacia el sur. En esta perspectiva, la reconstrucción de Osorno serviría como punto intermedio entre las dos jurisdicciones y se constituiría en un sitio adelantado no solamente para fines militares sino que para la explotación de la tierra y de las minas.

De todos modos, la decisión de las autoridades valdivianas no deja de parecer atrevida por varios motivos, a pesar de que efectivamente los caciques que se han ofrecido para franquear los caminos y proporcionar sus ayudas son los jefes de los linajes establecidos a lo largo de la ruta que deben tomar los españoles hasta el lago Puyehue. En primer lugar, una salida en armas de la plaza puede despertar sospechas y reacciones, de acuerdo con las indicaciones de los exploradores, en los indios colindantes y, como hemos visto, también en las poderosas etnias de los pehuenches y de los puelches.

⁹⁷ Interrogatorio y declaración de Pinuer. Valdivia, 14 de marzo de 1777 (T. 335, pp. 774-778).

En segundo lugar, su resolución está basada nada más que en la palabra de algunos caciques, recién apaciguados, quienes podrían no mantener sus juramentos y promesas. Además, ellos no pueden garantizar en absoluto que los demás linajes se mantengan indiferentes por largo tiempo a la entrada de los españoles. Se trata, inclusive, de posibilidades negativas que el propio Espinosa no desconoce, como resultará evidente por las razones que le instan a promulgar un bando a la población de Valdivia. Finalmente, Espinosa no ha logrado conseguir la prueba concluyente que le pedía Jáuregui. Por el contrario, las informaciones que ha obtenido, sin excepción alguna, se originan en las aseveraciones, la tradición, los cuentos y las promesas de los indios.

En el ámbito valdiviano, la leyenda de los osorninos perdidos, recogida por Pinuer en su «Relación», pone a la luz las discrepancias existentes entre dos distintas visiones políticas. Por un lado, se va formando el partido de los valdivianos, más inclinados a tomar en consideración los intereses locales que las razones del imperio y a actuar consiguientemente. Por el otro, la autoridad central de Chile, interpretando la voluntad de la corona, opta por averiguar la posible existencia de poblados enemigos en el área crucial delimitada por Valdivia, el Atlántico y el Estrecho de Magallanes, evitando cualquier posibilidad de enfrentamiento directo y violento con los indígenas. En realidad, Jáuregui no fue sostenedor ni de la empresa, ni de Espinosa, sino que, incluso en esta oportunidad, fue un fiel intérprete de la política colonial de Carlos III.

Como consecuencia de las evidencias conseguidas, del apoyo de la Junta de guerra y de los franciscanos de Valdivia, del ofrecimiento de tierra y de amistad de los indios de Río Bueno, el 4 de septiembre de 1777, el gobernador de Valdivia determina que sin pérdida de tiempo se apromptasen sesenta hombres, los quarenta de tropa arreglada y los veinte de milicanos todos excogidos de su clase y a quienes se entregasen igual número de fusiles, Polbora y Balas correspondientes, seis esmeriles al cargo de un artillero, un Sarxento, un Tambor, tres Cabos de Esquadra, un ofizial subalterno y el Comis.o Cap.n D.n Ingasio Pinuer de comandante a quien se daran las ynstrucciones arregladas al destino para que en su observancia se logre el acierto deseado; que asimismo fuesen sis carpinteros con sus achas y algunos machetes y las municiones de boca en biscocho y charque y todo lo que demas que conceptuase el S.r Gob.or que es necesario para los auxilios de Conchavos q.e piden los yndios; lo q.e haviendo el s.or Gov.or ofrecido

costear de su propio caudal segun y como hasta aqui lo havia executado de ceoso de servir a S.M. y lograr que sin costear nada de su R.l Erario se haga el Descubrimiento». Firman esta resolución «el gobernador Espinosa, Domingo Trincado, Guardián, Sebastián Barrero (Sargento mayor), Lucas de Molina, Pedro de Usauro Martinez, Juan Santillan (Ayudante Mayor), Visente de Aguero, Ignacio Pinuer».⁹⁸

El gobernador, emite, además, cuarenta «Instrucciones Militares, Políticas y económicas». En ellas se recomienda la prudencia: «Nuestra gente debe estar contenida mirando como cosa sagrada las casas de los Yndios y a sus Mujeres» y «se imitara a la tropa q.e el menor robo, violencia de mujer y otro daño q.e toque a los yndios sera castigado promptam.te como delito capital». Además, se dan las instrucciones religiosas: «A modo de quartel se rezera diariam.te el Rosario en el alojamiento tocandos despues de romper el dia y cerrar la Noche con la Caxa las Avemarias considerando se hallan en tierra de Ynfieles y q.e como christianos el alabar el verdadero Dios entre aquellos les adquirira la Protección Divina para lauro de las catholicas Armas». La expedición prevee la construcción de un fuerte cerca delas casa de Queupul —es decir, pasado el Río Bueno— y la recolección de datos topográficos por parte de un Condestable; además, se abastece de sables a los soldados, pero sobre todo de armas de fuego; finalmente, se les entrega varios utensilios, herramientas para carpintería y «la bela de la barca y la del bote para toldos».⁹⁹ Luego, se agrega una lista de los integrantes la expedición.¹⁰⁰

El gobernador expide también una proclama a los vecinos de Valdivia para que se preparen para un eventual asalto de los indios, según él mismo explica: «Con todo me obliga a poner los reparos forzosos para el caso de alguna resulta contraria q.e obligue a socorrerles con mas gente o q.e ocasione p.a la quitud del Prez. a resguardo de alguna cautela maliciosa de los mismos Yndios».¹⁰¹

⁹⁸ Declaración y Decreto de Espinosa, fechado Mancera, 5 de septiembre de 1777. (T. 335, pp. 823-825).

⁹⁹ Instrucciones y Lectura de las instrucciones a Pinuer y a Ventura Carvallo, 13 de septiembre de 1777 (T. 335, pp. 832-842).

¹⁰⁰ «Lista de la gente que pasó a Rio Bueno a la expedición para el descubrimiento de los Españoles nominados Cesares y salieron de esta plaza de Valdivia el dia dies y ocho de Septiembre de mil setentientos setente y ciete» (T. 335, pp. 845-47).

¹⁰¹ Bando del 10 de septiembre de 1777 (T. 335, pp. 847-850).

El día 17 de septiembre, finalmente, emite una orden «para el 18»: «San Carlos y Milan = mañana al romper el día se apromptera la barca y dos canoas grandes para conducir hasta Arique la tropa que sale para río Bueno: los útiles, armas, municiones, biberes y demas que se ha providenciado». Los soldados deben llegar hasta Arique donde «van a desembarcar y adonde se han remitido las cabalgaduras de antemano».¹⁰²

El 21 de septiembre, según informa Pinuer en una carta al gobernador, la tropa llega a Arique. Agrega el comandante de la misión: «y quedamos disponiendonos para salir mañana despues de la primera misa a nro viaxe».¹⁰³ Antes de partir, Pinuer acusa recibo de una carta del gobernador en la cual éste le comunica que ha encargado a Aburto de llevar a cabo una misión exploratoria hacia el lago Puyehue.¹⁰⁴ Algunos días después, Pinuer informa al gobernador que ha llegado, en su marcha hacia el Río Bueno, a «lo de Paillaturen», es decir a Lumaco, donde llega también, junto con él, Fray Benito Delgado.¹⁰⁵

De este momento en adelante, la correspondencia que sale de Valdivia, para llegar a los lugares siempre cambiantes en que se instala la expedición, y para volver, de allí, nuevamente a Valdivia, pone en evidencia el microcosmo valdiviano, con sus reconcores, sus rivalidades y sus divisiones.¹⁰⁶ Surgida de un puntillo personal del capitán de amigos de Pinuer, la idea de la expedición se ha ido concretando, pese a los resentimientos personales y a la formación de opiniones contrastantes. Durante el viaje, el drama se desarrolla libremente, ya que las autoridades centrales, ignorantes de todo, no pueden intervenir; finalmente, desemboca, como veremos, en un inevitable desenlace, las dimensiones de Pinuer.

De hecho, a partir de Arique, la expedición se divide, de acuerdo a las ordenes de Espinosa. Una pequeña partida, al mando de Aburto, se separa de la tropa para explorar el lago Puyehue, donde se debería hallar

¹⁰² Orden de salida (T. 335, pp. 854-855).

¹⁰³ Carta de Pinuer a Espinosa, fechada en la misión de Arique el 21 de septiembre de 1777 (T. 335, p. 856).

¹⁰⁴ (T. 335, p. 853).

¹⁰⁵ Carta de Pinuer a Espinosa, fechada en Lumaco el 6 de octubre de 1777 (T. 335, p. 864); Carta de Delgado a Espinosa, fechada en Lumaco, el 6 de octubre de 1777 (T. 335, p. 866).

¹⁰⁶ Además de dicha correspondencia, se ha examinado el memorial manuscrito de Fray Benito Delgado (T. 336, pp. 789-835). Salvo dos detalles insignificantes, el texto corresponde al impreso en Gay, Claudio, *Historia física y política de Chile, Documentos*, 1846.

a los Césares. Mientras tanto, la tropa sigue su recorrido y llega a Lumaco, como hemos visto, siendo amistosamente recibida por la cacique Paillaturen. El padre Delgado consigue el permiso de plantar una cruz frente a la casa del cacique y bautiza a sus dos hijos.

Allí, de regreso de la infructuosa entrada al lago Puyehue, el grupo de Aburto se reúne con el grueso de la expedición, cumpliendo con las órdenes de Espinosa, ya que el gobernador quiere que se apronte otra entrada hacia el mismo lago Puyehue. Simultáneamente, ordena a Pinuer que pese a forificar en «lo de Quepul» —es decir, que va de el río Bueno— para conseguir que «en caso de pedir socorro darselo luego sin desamaprar un puesto ymportante».¹⁰⁷

A contar del 19 de octubre, la tropa empieza su marcha hacia el río Bueno. En unos pocos días, el cuerpo de expedición cruza el río Llencunleuvu. Allí Pinuer toma la resolución de no continuar el viaje antes de recibir una carta del gobernador. Su demora recibe las críticas del padre Delgado. Solamente la intervención de Ventura Carvallo, yerno del comandante, logra conseguir que Pinuer pase el río, junto con Aburto y Delgado, para reunirse con Quepul y los demás caciques de Riobueno quienes, convocada una junta, vuelven a reiterar tanto la existencia de los Césares con su deseo de ayudar a los valdivianos a encontrarlos. Finalmente, el 27, llega la esperada carta del gobernador Espinosa en que se acepta la renuncia del comandante Pinuer y se ordena: «que pasase el comando dela espedicion al themiente Ventura Carvallo y ordenándole al mismo tiempo que sin demora marchase con la tropa a fortificarse del otro lado del Río Bueno».¹⁰⁸ La inconformidad de Pinuer se había anunciado desde un comienzo: los frecuentes arrebatos del capitán contra las instrucciones de Delgado se habían intensificado después de la primera entrada de Aburto al Puyehue. Al enterarse de que la segunda exploración del lago había sido asignada nuevamente al joven oficial, el comandante debió concluir que de hecho se le había despojado del mando de la empresa —de la que, con razón, se consideraba el promotor— y que era más oportuno dimitir.

El 28 de octubre, la expedición, al mando del comandante subrogante, Ventura Carvallo, por fin pasa el río Bueno y, el 29, el nuevo comandante, Lucas de Molina, ordena la construcción del fuerte. El 13 de noviembre,

¹⁰⁷ Junta e Instrucciones a Aburto, en Valdivia, el 11 de octubre de 1777 (T 335, pp. 871-880); Carta de ordenes de Espinosa a Pinuer, fechada en Valdivia el 11 de octubre de 1777 (T. 335, pp. 880-883).

¹⁰⁸ Carta de Espinosa a Pinuer, fechada en Valdivia, el 27 de octubre de 1777 (T. 336, p. 801).

una vez edificado el fuerte, Aburto recoge sus hombres y se dirige, por segunda vez, hacia el lago Puyehue, desde donde pudo avistar el lago Llaquihue (el actual Rupanco).¹⁰⁹ Terminada sin éxito la exploración, la partida vuelve al fuerte el 1 de enero de 1778, trayendo la noticia de que los Césares estarían en otra laguna, la de Puraila, en la isla de Toltén. Algunos días después, Molina informa a Espinosa que el 3 de enero ha tomado posesión de la tierra donada por el cacique Payayan, «como poseedor y dueño absoluto», para la construcción del fuerte —que se llamará de la Purísima Concepción— y envía el auto correspondiente.¹¹⁰

En este mismo lapso, se decide la suerte de Pinuer. El nuevo comandante se muestra muy intolerante hacia el anciano comisario de naciones y está patentemente molesto por su permanencia en el fuerte: «El comisario hace aquí la propia falta q.e yo en Roma, respecto a que ya no tiene que hacer aquí; antes si ubiera sido mui acertado el aberle llamado a Baldivia despues que entregó el mando de la expedicion y aberle echado una cadena como remeze su buena conducta».¹¹¹ Sin embargo, es a Espinosa a quien le corresponde tomar una decisión al respecto; un mes después, el gobernador envía a Molina un decreto relativo al interrogatorio que tendrá que hacerle a Pinuer, junto con las diez preguntas a que el comisario debe «responder categoricamente lo que interesa al R.I servicio».¹¹²

Pinuer, quien constestará a este interrogatorio, que Molina —de acuerdo con las órdenes recibidas— ejecuta el 17 de enero de 1778, ya no tiene interés en lo que está sucediendo; se limita a reiterar sus convicciones sobre la existencia de los Césares, a confirmar la honestidad de su comportamiento y la sinceridad de todas sus afirmaciones, a declarar que no ha tenido fines particulares en su conducta, a lamentar que el peso de los años le haya impedido participar en acciones que implicaban traslados fatigoso.¹¹³ Sale así del escenario de la empresa su

¹⁰⁹ Riso Patro, L., *Diccionario Geográfico de Chile*, Santiago, 1924.

¹¹⁰ Carta de Molina a Espinosa, fechada en el fuerte de Río Bueno, el 7 de enero de 1778 (T. 336, pp. 708-715).

¹¹¹ Carta de Molina a Espinosa, fechada en el fuerte del Río Bueno, el 21 de noviembre de 1777 (T. 336, pp. 537-538).

¹¹² Carta de Espinosa a Molina, fechada en Valdivia, el 25 de diciembre de 1777 (T. 336, pp. 659-665). «Interrogatorio que se hace al Cap.n. D. Ignacio Pinuer comisario de naciones y a cuías preguntas debe responder categoricamente que se interesa al R.I.» (T. 336, pp. 745-746): se trata del listado de las preguntas preparado por Espinosa.

¹¹³ Interrogatorio de Pinuer del 17 de enero de 1778, ejecutado por Molina en el fuerte de Río Bueno (T. 336, pp. 749-754). Carta de Molina a Espinosa, fechada en el fuerte de Río Bueno, el 19 de enero de 1778, en que se remiten las respuestas de Pinuer (T. 336, p. 744).

promotor, bajo la sospecha de ocultar algo sobre la existencia de los Césares, en la cual las autoridades valdivianas, a pesar de los reveses, siguen creyendo obstinadamente.

La aventura de la expedición no termina con el interrogatorio de Pinuer ni menos con el regreso de la partida de Aburto el 1 de enero, como debería ser lógico, debido al nuevo fracaso de la segunda misión exploratoria al Puyehue. Espinosa constesta a Molina, quien le había enviado un informe, unos días después, ordenándole que haga «el ultimo esfuerzo» y despache otra partida para la nueva entrada. Espinosa ya no puede demorarse más en el asunto de los Césares y sus aseveraciones reflejan el cansancio y la preocupación: «... hasta enfermo me han puesto tantas espesies falsas ... y asi vamos al empeño para salir de tanto laberinto».¹¹⁴ Molina despacha la partida, y el 14 de febrero 1778, puede mandar al gobernador el relato de la expedición, sin dejar de ironizar acerca de la ingenuidad de algunos y de los riesgos tomados: «llegaron hasta el volcan Pururauco al sueste de la laguna de Llauquihue al norte de la de Purailla con los trabajos que se dejan entender pazaron para llegar a este destino». No se han visto habitantes, pero sí «tres quemazones a la otra banda de dicha Purailla las que dicen eran los indios nombrados Antiguales y Puiñiles por llamarse asi los dos caciques que abitan a orillas de la referida laguna; ... dicen que devisaron otra laguna mas al nordeste de Pururaco y otra mas mediana entre Purailla y Llauquihue pero incapaz de su reconocimiento. Ultimamente no hai nada por mas que digan y apunten los derroteros falsos que andan en manos de algunos sujetos que con poca prudencia y razon quieren por fin se haya españoles».¹¹⁵ Lo cierto que hemos hechos con nuestras partidas buenas escapadas pues en este terreno de reconocimiento estaban buena porción de yndios esperando entrase nuestra gente a la laguna a sus orillas para darles en la cabeza, segun declaracion del cacique Manquemilla».¹¹⁶

El mismo día, Espinosa responde a Molina felicitándolo por el

¹¹⁴ Carta de Espinosa a Molina, fechada en Mancera, el 5 de enero de 1778 (T. 336, pp. 686-690); Carta de Espinosa a Molina, fechada en Mancera, el 18 de enero de 1778 (T. 336, pp. 738-739).

¹¹⁵ Lucas de Molina alude al padre Delgado, quien traía consigo una copia de la obra. Sin embargo, como lo hemos señalado, el uso de la obra como «guía», estaba impulsado por las propias autoridades españolas.

¹¹⁶ Carta de Molina a Espinosa, fechada en el fuerte de Río Bueno, el 13 de febrero de 1778 (T. 336, pp. 783-785).

reconocimiento que, por lo menos, ha permitido salir de los engaños, y le sugiere convocar una junta con los indios para que «se le moneste a la quietud, amor y obediencia que deven mantener pues sin embargo de no haberse hallado los españoles no se le desampará antes si cumpliendoles lo prometido quedan españoles en el fuerte...»; también le envía un decreto, para autorizar la junta con los caciques de Río Buenos, que debe servir para tranquilizarlos, comunicándoles que los españoles no quieren intentar otra expedición hacia Osorno.¹¹⁷ El 20 de febrero Molina ejecuta la orden; convoca la junta con los caciques Payaya, Neiguir, Theuquenguir, Cañiulef, Tongol, Manquemilla, Quepul, Iamotipai y varios «guilmenes»: el fuerte de Río Bueno queda oficialmente como «amparo» para los indios amigos; también se decide enviar al fuerte un grupo de padres misioneros en un futuro cercano. Luego los integrantes la expedición vuelven a Valdivia.

En su conjunto, la expedición no ha conseguido ni descubrir lo que se estaba buscando desde hacía cuatro años ni una prueba concreta de la realidad de la existencia de los «Césares» en cinco meses de viaje. De todos modos, las partidas de exploradores habían avanzado y llegado a lugares hasta el momento desconocidos por los hispano-criollos; se habían neutralizado las repetidas amenazas de alzamientos; todos los integrantes del grupo habían vuelto a Valdivia sanos y salvos; se había edificado un fuerte y se planeaba instalar una nueva misión.¹¹⁸

El gobernador de Valdivia, al enviar los «autos» de la expedición a Jáuregui, enfatizaba los resultados conseguidos: «Se manifiestan los adelantamientos en la mitad del camino benzido, nuestra posesión existente en Río Bueno; la maistad contrahida de muchos indios auxiliares, el respeto que han tenido nuestras armas, intenandose sin oposicion en tan bastos terrenos; el conocimiento adquirido y las proporciones mas favorables para la empresa de hallar los Cesares sin son berdaderos o de franquear el camino de Chiloé; poblar la perdida

¹¹⁷ Carta de Espinosa a Molina, fechada en Valdivia, el 13 de febrero de 1778 (T.I 336, pp. 786-788).

¹¹⁸ El propio Fray Benito Delgado, aún convencido de la existencia de los «Césares», al terminar su memorial, abogaba por la conservación del fuerte. Al destacar su importancia, se refería tanto a las nuevas noticias que se podían adquirir sobre los españoles perdidos como a la posibilidad «entregadas por el fuerte» de expandirse más: «porque a su cubierto podrá hacerse en aquel paraje dentro de poco tiempo una población respetable...pues son muchos los hijos del país que se ausentan por no tener medios con que mantenerse ni tierras que cultivar, y hallándolas allí tan fértiles y estando defendidos, es muy regular que vayan a establecerse en ellas con todo gusto» (T. 336, p. 834).

rica ciudad de Osorno, y poseer tan propicios terrenos para el aumento de la corona y del real erario en sus poblaciones, minas, fuertes». Espinosa opinaba que no había que dejar de lado la posibilidad de que se continuara con el reconocimiento y la penetración en territorio indígena, y que había que aprovechar la oportunidad para obtener la unificación de Chiloé con Valdivia con una doble expedición, que contemplara la salida simultánea de un contingente desde Valdivia y de otro desde Chiloé. Espinosa especificaba, de hecho, que «para poder llevar a cabo dicho proyecto», era preciso poder contar con otro batallón de trescientos hombres del Callao –además del batallón fijo de la plaza que debería preocuparse de la defensa de la misa– que podrían ser enviados por el virrey.¹¹⁹ El objetivo principal de esta nueva expedición ya no va ser la búsqueda de los «Césares», sino la defensa de los dominios reales de una eventual presencia de extranjeros y la posibilidad de una nueva expansión, que incluirá la población de Osorno, la apertura de la comunicación con Chiloé y una mayor extensión de las dos provincias. Una vez más, el destinatario de la correspondencia había subrayado estas aseveraciones.¹²⁰

De hecho, en una carta del 7 de mayo, el capitán general de Chile había expresado –mientras esperaba los «autos» finalizados en el navío valdiviano– su agrado por que «haviendose reitrado nuestra tropa con la mayor paz y quietud han sido favorables las resultas que se han conseguido mediante la lealtad y amor a los españoles que han manifestado los caciques y demas yndios de los parajes por donde han transitado en cuya consecuencia aguardo con impaciencia el regreso del citado navio asi para imponerme a fondo de los progresos y circunstancias de todo lo ocurrido...».¹²¹

Sin embargo, su opinión se desprende de la dos cartas que, el 17 de julio de 1778, envía a Madrid para hacer su informe definitivo a la corona. En la primera, relata las evidencias recogidas de los religiosos que en 1774 y 1750 habían pasado por el estrecho de Magallanes; ella es signo evidente de que su interés apuntaba, como siempre, la presencia de

¹¹⁹ La misma convicción expresaba Fray B. Delgado, al hablar de «una expedición formal» (T. 336, p. 833).

¹²⁰ En la carta de Espinosa a Jáuregui, fechada en Mancera, el 16 de marzo de 1778 (T. 336, p. 871), enviada «por el correo de la Concepción», el gobernador de Valdivia anuncia al presidente de Chile que ha enviado los autos referentes a la expedición «que llegan a Santiago en julio de 1778» «en el navío valdiviano». Junto con los autos, se encuentra esta carta, fechada el 4 de marzo, que da cuenta al capitán general de Chile de los resultados conseguidos (T. 336, pp. 874-881).

¹²¹ Carta de Jáuregui a Espinosa, fechada Santiago, el 7 de mayo de 1778 (T. 336, pp. 872-873).

extranjeros.¹²² En la segunda, declara que «considera importante i mui conducente al fin de mantener las amistades de dichos -de rio Bueno- caciques, asegurar las nuevas misiones establecidas en Arique Tolten el bajo Costa de Niebla, Canumapu, Quinchilca y Gumaco para facilitar el paso hasta cabo de Horno i comunicaci3n con la provincia de Chilo3, motivos todos que me inclinan a que se mantengan el fuerte i mision». Pero, acerca de la propuesta de Espinosa de enviar una expedici3n desde Valdivia a Chilo3, afirma: «Esta propuesta por lo que se deja inferir de las mismas actuaciones no me parece en el todo admisible...». Adem3s, estima m3s conveniente, considerando con las iniciativas que la corona ha tomado en Per3 y Buenos Aires, que se remitan misioneros hasta Magallanes y Cabo de Hornos. Finalmente, propone que la provincia de Chilo3 se incorpore al gobierno de Chile y dependa del mando de la Presidencia y de la jurisdicci3n de su Audencia «para que con mas facilidad y promptitud pudiesen verificarse en aquel paraje las intenciones de S.M.». Al respecto, sugiere que «al pretesto de conchavos de species de licito comercio se internen por una parte i por otra parte lso espa3oles i abierta de esta modo la comunicaci3n de la provincia con la plaza sin rumor de armas ni estragos se agan capaces de aquellos terrenos en toda su estension como ha sucedido en los que ocupan las naciones fronterizas i aunque los mismos naturales viendo que tienen auxiliares por uno i otro lado manifiestan sin temor o por interes las poblaciones de cuya situacion se suponen sabedores».¹²³

No cabe duda de que, una vez m3s, el proyecto de Espinosa y el del Presidente de Chile expresan las diferentes perspectivas pol3ticas, que hemos destacado desde un comienzo, de las dos autoridades espa3olas. Por un lado, la presi3n y la urgencia ejercida por los intereses locales impulsa el uso de la fuerza, para lograr una m3s efectiva penetraci3n en los territorios a3n en manos de los ind3genas. Por otro, los intereses superiores del imperio, en una fase hist3rica de gran debilidad, apuntan a una estrategia m3s sutil y sugieren iniciativas m3s cautelosas para conseguir un fin an3logo.¹²⁴

¹²² Carta de Jáuregui a Gálvez, fechada en Santiago, el 17 de julio de 1778 (Medina, J.T. Documentos, tomo 197, n. 4741, p. 91-92).

¹²³ Carta de Jáuregui a Gálvez, fechada Santiago, el 17 de julio de 1778 (Medina, J.T., Documentos, tomo 197, N. 4740, pp. 75-90).

¹²⁴ En lo que se refiere al ejercicio del poder por parte de los colonizadores, tendr3amos aqu3 representados dos emblem3ticos «dispositivos», de acuerdo a la sugerente hip3tesis formulada por Guillaume Boccara, *Dispositivos de poder y configuraciones pol3ticas en las sociedades colonial-fronteriza y nativa*, ponencia presentada en el III Congreso Internacional de Etnohistoria, El Quisco, 19-23 de julio de 1993.

Los indios de Ranco y de Riobueno: la visión indígena.

Tanto en las argumentaciones de Jáuregui como en las de Espinosa es perceptible cierta conformidad por los resultados conseguidos. Sin embargo, no se había encontrado la ciudad oculta. Puesto que tanto la «Relación» de Pinuer como la gran mayoría de los testimonios recogidos procedían de las declaraciones de los indios, ¿eran todas «patrañas», como afirmaba Molina, las que contaban los huilliches?

Los testimonios contenidos en el informe de Pinuer, que representan, en síntesis, la opinión de 21 «Cassiques y mayores de los Huilliches, y los mas del otro lado el Riobueno» y las otras declaraciones que describen las características de la ciudad,¹²⁵ no se refieren a detalles fantásticos. En las evidencias se hallan elementos típicos de la leyenda tradicional: la ciudad, la laguna, los habitantes blancos, la iglesia y los ritos religiosos, los atuendos occidentales y la ropa blanca; sin embargo, junto a estos, hay detalles que describen un paisaje concreto y que ilustran aspectos, por así decirlo, muy doméstico. De hecho, la ciudad es una isla-península, donde la laguna «no sircula el contorno de la isla, si solo la maior parte de ella, y p.r la otra q.e la cerca un lodosal tan grande y profundo, q.e. un perro que intenta pasar (assi lo explican los yndios) no es capas de desprenderse del» y «alos yndios no se le permite la entrada, pero de afuera se nota que las casas son grandes con tejas y pared».¹²⁶ Además, como lo hemos ya destacado, se indica minuciosamente la calidad de las fortificaciones, de las armas de fuego y de los atuendos de los habitantes de la ciudad; su legendaria inmortalidad se transforma en un tópico para referirse al gran número de moradores que se han visto obligados a construir otra ciudad, «al otro lado de la laguna, donde han fundado otra nueva ciudad mui dilatada, aunq.e inferior ala Capital. Esta aorillas dela mmisma Laguna frente a la otra».¹²⁷

Los testimonios, además, presentan, en su conjunto, uan realidad algo familiar, como la de una población que vive sobre todo de ganadería y de agricultura, que conchava algunos productos y fábrica tejidos. Los fugitivos de Osorno en la península hallaron «ganados, grano

¹²⁵ Declaraciones de la india María (carta de Espinosa a Jáuregui, 15 de diciembre de 1776); de Gregorio Solís (carta de Espinosa a Jáuregui, 12 de abril de 1774); del p. Fray Bonaventura de Zarete (carta de Espinosa a Jáuregui, 15 de noviembre de 1774); de Quepul (carta de Espinosa a Jáuregui, 20 de octubre de 1777).

¹²⁶ «Relación» (T. 335, p. 548 y p. 549).

¹²⁷ «Relación» (T. 335, p. 550).

y muchos piñones.¹²⁸ y sus descendientes «tienen abundancia de ganados»¹²⁹ y «tienen comercio con los peguenches»,¹³⁰ «tienen obejas y ropa blanca»,¹³¹ siembran mucho lino y «tienen siembra de ají que comercian con los yndios, y que estos les lleban Sal, que sacan de Valdivia y les conchuan, que tmaibén lleuan achas y cosas de fierro por Bacas y Caballos de que tienen muchos». ¹³² Tienen, además, «una especie de lana q.e se crian en arboles, la q.e traen de la otra vanda de la Cordillera hacia el Cabos de Hornos conchabandolas alos Yndios». ¹³³ Los indios se proveían de ellos de liensos, añil y chaquiras y los pehuenches han tenido comercio con ellos, «vendiendoles la Sal p.r q.e no la tenían». ¹³⁴ Hablan la «lengua española, pero aunque los Yndios les han llebado Indio ladino no les entienden bien, y que también hablan la lengua Indica». ¹³⁵ A juzgar de estas evidencias, la hispanidad de los españoles extraviados no sólo aparece muy claudicante, sino que, además, los españoles parecen requiriri a los indios exactamente los productos que, de costumbre, deberían ser más específicamente peninsulares.

Entre los aspectos característicos de la ciudad, los informantes destacan la presencia de artillería. De hecho la artillería es justamente lo que diferencia la manera de «pelear» entre los dos grupos y, justamente, lo que los indios no poseen y que se constituye en el signo distintivo de los guerreros «auchauinca».

La propia manera de narrar permite pensar que los informantes casi hubieron avistado a los españoles perdidos en el medio de sus actividades. La ciudad antaño considerada «encantada», ya no exhibe nada fabuloso, ninguna fuente de la inmortalidad, ninguna construcción en mármol u otro material valioso, ningún tesoro de oro y plata. En fin, las descripciones entregadas por los indios son muy diferentes de las

¹²⁸ «Relación» (T. 335, p. 550).

¹²⁹ «Relación» (T. 335, p. 549).

¹³⁰ Declaración de G. Solís del primero de abril de 1774, incluida en los autos agregados a la carta de Espinosa a Jáuregui, fechada en Mancera, el 12 de abril de 1774 (T. 335, pp. 592-602).

¹³¹ Ibidem.

¹³² Ibidem, Interrogatorio de Pinuer.

¹³³ Declaración de la india Maria, entregada en el «castillo de San Sebastián del Corral», el 7 de septiembre de 1777 (T. 335, pp. 830-832).

¹³⁴ «Relación» (T. 335, p. 549).

¹³⁵ Interrogatorio de Pinuer; véase nota 131.

fabulosas y exóticas que se encuentran en las otras casi contemporáneas de Roajs y de Falkner. La única referencia al oro y a la plata se presenta más bien como un pretexto adoptado por Antillanca y Santiago Pañicue para dar más fuerza y atractivo a la nueva ubicación de la ciudad en Puyehye; de hecho, desmiente sus propias aseveraciones primordiales al respecto.

Su aspecto urbano es más bien el de un villorio fronterizo, quizás de un fuerte,¹³⁶ cuya apariencia se caracteriza por la presencia de las fortificaciones y por estar situada en un lugar difícilmente accesible y conquistable, en el cual se habían producido fenómenos de transculturación, ya que los españoles parecían haber adquirido algunos de los hábitos propios de los naturales. Su descripción podría calzar con la de muchos de los fuertes construidos recientemente a lo largo de la línea del Biobío, como la de las ciudades españolas de la provincia de Cuyo y de Buenos Aires o con los propios Buenos Aires y Montevideo, ya que de la primitiva ciudad se había formado otra, al otro lado de un lago tan grande que los indios lo llamaban «mmar». Hasta Valdivia —y las ruinas de los fuertes españoles que se hallaban en el territorio valdiviano— tenían algunas de las características descritas por los testigos. De cualquier forma, los huilliches hablaban de una realidad familiar, o por haberla experimentada directa y personalmente, como afirmaban, ya que transitaban normalmente por la cordillera donde había variadas ciudades habitadas por «auchahuincas», o por haberla escuchado de las narraciones de indígenas del propio linaje, o, incluso, de otras etnias.

En fin, los indígenas habían «reconstruido», en su imaginario, una ciudad que pudiera existir —o que existía efectivamente— en la realidad espacial del territorio que ellos conocían. Dicha ciudad, respondía a ciertos requisitos que podían justificar la imprevista y repentina aparición de los aliados españoles durante la expedición de Garretón de 1759 y también el hecho de que los españoles «ocultos» habían sacado de apuros, gracias a la artillería, a la expedición de los valdivianos. Se hallaba en un sitio bastante cercano a Valdivia como para permitir una salida rápida y efectiva de su ejército. La población de españoles que se había formado con el paso del tiempo, podía fácilmente justificarse con la llegada cerca del lago Ranco de los habitantes de Osorno, lugar

¹³⁶ Al respecto, véase la descripción del fuerte de Antuco en: Villalobos, Sergio, *Los Pebuencos en la vida fronteriza*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1989, p. 130.

cercano tanto a Valdivia como al lago. Finalmente, sólo los osorninos fugitivos, de cuyas hazañas y de cuya valiente y larga resistencia seguramente aún se hablaba en las tolderías huilliches, pudieron haber logrado reconstruir su ciudad más fuerte y más poderosa que antes, y de allí haber efectuado una salida –contraviniendo su costumbre– para salvar a sus compatriotas en peligro.

A los caciques de Ranco –en las personas de Santiago Pañicue y de Antillanca– se debe, además de la localización de la ciudad, su desplazamiento a orillas del lago Puyehue, confirmada por el propio Pinuer. En ausencia de pormenores al respecto, no podemos deducir si este cambio dependía de circunstancias específicas; pero, tampoco, es creíble que fuera del todo casual. De muchas evidencias brindadas por los indígenas, se desprende que, acerca de la existencia de la ciudad oculta, los huilliches mantenían el más estricto sigilo y que los caciques de Ranco temen exponerse a «brujerías» por desvelar un secreto mantenido por siglos.¹³⁷ «Que el haberlo ocultado es porque de Padres a hijos se han juramentado el callarlo y es rito entre ellos y aun por esta razón se han mantenido alzados sin nuestra comunicación todos aquellos de la otra banda» afirma Pinuer y «que sabe que este Juramento y sigilo ha sido porque tienen por hábito de decirse de unos a otros que si los descubrieran los harían los españoles esclavos y los sujetarían a encomiendas y que al que sabido formalmente lo ha descubierto luego lo han muerto». Con esta última afirmación, Pinuer se refiere a la suerte terrible de dos caciques del otro lado del Río Bueno, Amtipai y Necultipai, después de haberle confiado el peligroso secreto.¹³⁸ Hay otras declaraciones que confirman esta convicción; entre ellas, la de Marcelo Silva; al comunicar a las autoridades de la plaza fuerte que los indios de Osorno ofrecían su amistad e, incluso, los terrenos para que los españoles «fuesen a cimentarse en la Ciudad perdida de «Osorno», refiere también que los caciques recomiendan que la expedición se haga dentro de un mes para evitar Puelches y Peguenches, antes que se abriera la cordillera». Siendo la declaración del 4 de septiembre de 1777,¹³⁹ los caciques amigos temen la aparición de pehuenches y puelches a comienzos de octubre, es decir a comienzos de la primavera. De esta forma ellos expresan su miedo a

¹³⁷ «Relación», (T. 335, p. 562).

¹³⁸ Declaración de Pinuer, incluida en los autos enviados por Espinosa a Jáuregui, con carta fechada en Mancera, el 12 de abril de 1774 (T. 335, p. 589-594).

¹³⁹ Declaración jurada de Marcelo Silva (T. 335, p. 771).

una posible reacción de los indios indicados, cuando ellos se hubiesen acercado a la cordillera para cruzarla. El secreto tan celoso y estrictamente mantenido, no se refería a la ciudad de los Césares, sino que al camino a las pampas, donde la indiana solía transferirse en este período del año. Los mencionados indígenas quisieron evitar que los valdivianos pudiesen reconocer la exacta ubicación de los boquetes que llevaban a las pampas. Tanto desde el lago Ranco como desde el Puyehue se hallaban pasos para el otro lado de la cordillera. No podemos afirmar, en base a estos datos esquemáticos, si el cambio de ubicación dependía del miedo de los caciques de Ranco a las reacciones de los pehuenches y de las otras etnias a que se llevaran los valdivianos hacia el boquete de Ranco. Sin embargo, esta hipótesis puede adquirir cierta consistencia al evaluar una declaración de 1774, en la cual el declarante refiere que ha entregado la carta del gobernador para los Césares al cacique de Ranco Limay y éste, a un Gulli Pehuenche. Como consecuencia, «los mismos indios mataron al Gulli Pehuenche y «Limay estaba mal herido». Agrega que «están muy alborotados y que han hecho muchas juntas proponiendo que se ausen todos, y mueran antes de permitir que los españoles los descubran, y sabe más el declarante que los Peguenches han querido maloquear a los de Ranco porque dexaron entrar el declarante y que ya han serrado el paso de modo que no se puede ya dar un paso adelante». Concluye que Antillanca «está pronto a dar paso a Quinchilca pero es un Yndio pobre, y muy variable» y que «en Ranco no hay mucha gente pero que en la inmediaciones de donde están los españoles hay muchos Indios y que también el llamamiento es grande de los Guilliches, peguenches y Puelches aunque estos están del otro lado de la cordillera, que el camino es serrado con muchas angosturas y montañas y que había mucha oposición por ser yndios bravos y enemigos del español».¹⁴⁰

Además, el recelo y la oposición de los pehuenches, puelches y alzados a la entrada de los valdivianos están presentes tanto durante la gestación de la empresa, como durante toda la expedición y las salidas «laterales». Su oposición se debió a la contrariedad por la entrada de los valdivianos en territorio indígena, pero en ella debió influir el temor a la posibilidad de que se descubriera los caminos de Ranco y de Puyehue hacia las pampas. En ausencia de estudios específicos sobre este aspecto

¹⁴⁰ Declaración jurada de Baltasar Ramírez, contenida en los autos enviados por Espinosa a Jáuregui, con carta de presentación fechada en Mancera, el 15 de noviembre de 1774 (T. 335, pp. 633-634).

de la región valdiviana, nuestra suposición se basa, junto con las evidencias documentales, en algunos ensayos referentes al tema de las relaciones fronterizas y de la nombrada «araucanización» de las pampas.¹⁴¹

Dentro de la etnia huilliche, los protagonistas de la empresa que nos ocupa, son, de acuerdo a la «Relación» de Pinuer, casi todos caciques o «mayores», en su mayoría del otro lado del Río Bueno; esto es, «alzados», quienes, pese a esta condición, han trabado «amistad y comunicación» con el capitán de amigos. En total, los informantes de Pinuer suman más de veinte. Entre ellos, sobresalen Carillanca y Necultipay, quienes, después de la expedición a los Llanos, en 1760, estuvieron en la plaza fuerte para comunicar las informaciones que tenían sobre la ciudad oculta. Ni Thomas de Carminati ni Felipe de Berroeta los habían escuchado.

Sin embargo, los caciques que desde un comienzo se destacan son Antillanca, —uno de los nombrados «caciques de Rancho»— cacique de la parcialidad de Quinchilca, situada a este lado del Río Bueno y Pasqual, cacique de Osorno, es decir un «alzado» del otro lado de Río Bueno. Ambos, desde un comienzo, ofrecen hospitalidad a los capitanes de amigos y se muestran dispuestos a cooperar con los valdivianos en la búsqueda de los Césares.

En 1774, el rol más activo en las relaciones con los valdivianos lo juegan los caciques de Rancho. El cacique Fipayante va a declarar a la plaza fuerte, despertando el interés del gobernador que lo considera fidedigno y confiable, debido a sus lágrimas y a su pena por tener que revelar un secreto guardado por tanto tiempo.¹⁴² También declara Santiago Pañicue, quien destaca que los puelches «serán más de seis mil lanzas»;¹⁴³ ambos coinciden en destacar la oposición de puelches y alzados que están listos para matar a quien revele el secreto.

El 3 de diciembre de 1774, Pinuer lleva a presencia de Espinosa a Antillanca, a quien califica de cacique gobernador de Quinchilca y gran conocedor de las noticias referentes a la ciudad oculta por su ancianidad.

¹⁴¹ L. León Solís, op. cit.; Zapater, H., «La expansión araucana en los siglos XVIII y XIX» en Villalobos, S. et al., *Relaciones Fronterizas en la Araucanía*; Mandrini, R.J., Los araucanos en las pampas.

¹⁴² Declaración de Fipayante, incluida en los expedientes enviados por Espinosa a Jáuregui, con carta fechada en Mancera, el 7 de diciembre de 1774 (T. 335, pp. 621-629 y pp. 935-940).

¹⁴³ Declaración de Santiago Pañicue, *ibidem*.

Durante el interrogatorio, en la cuarta respuesta, Antillanca afirma: «Que con todo havian tenido su guerra con los yndios fronterizos y ahora tiempos en una campaña mataron a seis caciques principales y a muchisimos indios».¹⁴⁴

El 20 de febero de 1775, el gobernador Espinosa podía escribir a Jáuregui que había firmado a fines del año 1774 un «amisticio» con los caciques de Ranco. Pinuer había acompañado al hijo de Antillanca a la plaza a pedir ayuda, puesto que de acuerdo a sus palabras «tuvo aviso como los Yndios de Ranco de adentro que son los alzados que nos comuncian se havían juntado con los Peguenches y Puelches de aquella parte y havian ajustado de venir juntos a dar contra al cacique su padre con el fin de abrir el camino y reconcerlo para después insultarnos o venir a rrobar neustra haciendas hasta la plaza de Valdivia». El solicita una escolta armada de manera de permitir a su padre «ponerse en una angostura para allí aniquinarlos con el favor de algunos españoles co armas».¹⁴⁵

La junta de Valdivia había concedido una escolta de 12 milicianos, con armas de fuego, comandados por el cadete Enríquez, con la participación de Aburto y del capitán de amigos de Quinchilca, Blaz Soto; llegados al río Licanleufe, «donde estaban los Yndios alzados en punto de pelea y empezaron a desafiarse y retarse de una parte a otra convidando los alzados a estos para que pasasen si eran gaupos pero que sfuesen solo sin españoles y no queriendo moverse de sus puestos empezaron los contrarios a tirarnos con hondas mcuhas piedras los que nos obligó a tirales una descarga y resultó caer dos o tres de ellos...»¹⁴⁶

En el fondo, parece deducirse de este episodio, que los indios de Ranco necesitaban una protección, por parte de los valdivianos, como consecuencia de un malón ocurrido contra los indios de otra parcialidad. A cambio de esto, ofrecen informaciones y paso. De hecho, lo que hemos llamado «el rol activo» de los indios de Ranco», concluye, en el mismo año 1774, de acuerdo con el nuevo rumbo tomado por la

¹⁴⁴ Declaración del cacique Antillanca, incluida en los autos enviados por Espinosa a Jáuregui, el 15 de noviembre de 1774 (T. 335, pp. 654-655).

¹⁴⁵ Declaración del hijo de Antillanca del 31 de diciembre de 1774, (T. 335, pp. 668-670), incluida en el «Testimonio de las diligencias practicadas para el amisticio de los caciques de Ranco y su reducción al Vasallaje a Nro. soberano con extención de la Jurisdicción del Gobierno de Valdivia y las actuaciones acesorias al descubrimiento de los españoles nominados Césares» (T. 335, pp. 667-690).

¹⁴⁶ Declaración jurada de J. Enríquez del 31 de diciembre de 1774 (T. 335, p. 674), *ibidem*.

expedición que se dirigió hacia el Puyehue. Artífices de esta desviación habían sido el cacique Santiago Pañicue y el propio Antillanca, posiblemente por las razones anteriormente analizadas. Durante el pasaje del cuerpo de expedición, Antillanca y Paillaturen, cacique de Lumaco, acogerán con mucha cordialidad a los valdivianos en sus tierras.

Los verdaderos impulsores de la empresa son los nombrados caciques de Osorno, es decir de una parcialidad situada al otro lado del Río Bueno. Entre ellos, sobresale el cacique Quepul, hijo del cacique Pasqual, muerto en el intertanto, amigo y «pariente» tanto de Pinuer como de Silva. Dichos indios, de acuerdo a Usauro Martínez eran «conocidos por los mas rateros y perfidos de la tierra, tan rebeldes, que nunca habían permitido nuestro paso a sus terrenos, reconocidos de aliados, no obstante a que el citado Pascual tenía este nombre por haber sido bautizado de cholillo en esta plaza i que fué criado entre españoles, porque separado de ellos seguía el uso de su nación».¹⁴⁷

El propio cacique Quepul llega la plaza fuerte el 22 de abril de 1777, confirmando que está dispuesto a ceder algunas tierras a los valdivianos, desde las cuales ellos podrán adelantarse para el descubrimiento, puesto que, según él, su casa dista sólo dos leguas de la laguna donde están situados los Césares. El juicio de Usauro Martínez sobre este personaje es tajante e irónico: «este extraordinario Queipul, tendio por mui valiente entre ellos, debiéndole despreciar por asesino fraticida i bandolero conocido de su país».¹⁴⁸ Pide, en cambio, una escolta para el entierro de su hermano, aduciendo que los indios contrarios lo odian por su amistad con los españoles. Conseguido lo que desea, su conducta durante toda la expedición aparece como una de las más extrañas, ya que no mantiene las promesas hechas de ayudar a los españoles durante la exploración del Puyehue con su presencia y sus mocetones. Además, sus indicaciones acerca de la ciudad resultan, obviamente, incorrectas y contradictorias.

Es bastante problemático sacar conclusiones, a partir de los datos encontrados, referentes al mundo y a las motivaciones de los indígenas. Sin embargo, es posible concluir que la sociedad huilliche que rodea la plaza fuerte no es ni compacta ni homogénea. Existen, evidentemente, rivalidades y desacuerdos entre los distintos linajes. Los que desean

¹⁴⁷ Usauro Martínez, P., pp. 175-180.

¹⁴⁸ Usauro Martínez, P., op. cit., p. 175.

acercarse a los blancos para trabar alianzas y amitades, lo hacen a través de las relaciones personales, tanto de amistad como de parentesco – quizás de interés– con los capitanes de amigos o con los vecinos con los cuales se conocen desde mucho tiempo. Sólo la intermediación del capitán, de los tenientes o del comisario les permite negociar o dialogar con las autoridades valdivianas. El «juego» de la misteriosa ciudad dista mucho de involucrar muchas parcialidades. Sólo pocos linajes están interesados en tratar con los hispano-criollos y siempre a cambio de algo. No se trata de las «pagas» o de los agasajos que se insertan en un ritual tribal, sino de escoltas con armas de fuego que puedan atemorizar a sus enemigos. Presionados por las poderosas etnias de los pehuenches y puelches y por los «alzados», no pueden expresar una política autónoma y coordinada, debilitandos como están por las luchas internas que los enfrentan unos a otros, de acuerdo al testimonio de Usauro Martínez. Este autor, además, al denunciar a Quepul como un asesino, tanto del padre como del hermano implícitamente nos comunica que existían luchas de poder dentro del grupo. Para este cacique, la búsqueda de la ciudad oculta es un pretexto para arreglar unos asuntos privados, pero de gran relevancia para poder afianzar su poder personal dentro de su comunidad».¹⁴⁹

Conclusiones.

La versión de la leyenda, recogida por Pinuer, se constituye en el núcleo central del cual se desprenden no sólo un episodio circunscrito –la expedición de 1777– sino también las múltiples facetas de una compleja realidad fronteriza, que involucra los distintos segmentos de una sociedad compuesta y multiétnica. Por un lado, el frente de los españoles presenta significativas grietas en su propio interior, ya que los intereses metropolitanos a menudo chocan con los locales. Por el otro, en el mundo indígena se evidencian discrepancias y luchas intestinas que ponen en peligro su integridad. De hecho, los linajes más débiles

¹⁴⁹ En E. Alcaman, op. cit., pese a que el enfoque general y el objetivo específico del análisis difieran de los de nuestro trabajo, se encuentran sustanciales y confortantes confirmaciones a las aquí planteadas.

acceden a los intereses expansionistas de los valdivianos y dan paso a su avance, entregando parte de sus tierras y permitiendo el reconocimiento de sitios aún inexplorados por los hispano-criollos.

Dentro de esta perspectiva el episodio que aquí hemos tratado de examinar, no puede considerarse un «hecho» histórico independiente de la realidad presente ni menos de la futura, ya que, por ejemplo, la repoblación de Osorno, deseada por muchos valdivianos como lógica consecuencia de los resultados conseguidos por la expedición, se convierte en realidad, a contar de 1792, por iniciativa de Ambrosio O'Higgins. Este proyecto pudo realizarse, además, por que los caciques de Río Bueno entregaron las ruinas de la ciudad. Esta vez, su decisión no fue autónoma ni espontánea, sino que fue el precio que tuvieron que pagar por haberse levantado en armas.¹⁵⁰

De hecho algunos de los protagonistas de la expedición de 1777, se encuentran desempeñando papeles oficiales en los años venideros: el mismo Lucas de Molina será gobernador de Valdivia, Ventura Carvallo dos veces gobernador y Aburto comisario de naciones. Otros, como este último y Pinuer, adquieren en ella una fisonomía más definida y emblemática dentro de la llamada «tipología fronteriza».¹⁵¹

La posterior evolución histórica, pone de relieve, también, que la «razón de Estado» ya no necesita el soporte de una leyenda para actual. En el mismo ámbito valdiviano, Molina, Carvallo Goyeneche y Usauro Martínez, se mofan de la credulidad de Pinuer, critican la iniciativa de Espinosa, tomada sin la autorización de la capitanía general,¹⁵² consideran infundadas todas las evidencias y las declaraciones de los indios y, finalmente estiman absolutamente imposible lo siguiente: que los fugitivos de Osorno pudiesen haber sobrevivido, que se hubiesen mantenido por tanto tiempo alejados del mundo hispano y que hubiesen conservado inalterados su idioma y sus costumbres.¹⁵³

¹⁵⁰ Carreño Palma, L.A., «La repoblación de Osorno: un aporte a la autonomía económica de la región» en: Villalobos, S., y Pinto, J., *Araucanía. Temas de Historia Fronteriza*, Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco, 1985.

Guarda Geywitz, op., cit.

¹⁵¹ Villalobos, S., «Tipos fronterizos en el ejército de Arauco» en: Villalobos et al., *Relaciones fronterizas en la Araucanía*, Ediciones Universidad Católica, Santiago, 1982. En este ensayo se ilustra la trayectoria de Francisco Aburto, solamente en lo que se refiere a su madurez.

¹⁵² Véase, también, Carvallo Goyeneche, V., op. cit., p. 200; Usauro Martínez, P., op. cit., p. 193.

¹⁵³ Una opinión similar es expresada por Olivares, Alonso de, «Historia militar, civil y sagrada de Chile», CHCh, tomo IV, Santiago, 1864.

El producto de lo imaginario se desintegra, desde un comienzo, frente a una mentalidad más práctica que se expresa en los propios valdivianos; luego, frente a un distinto contexto histórico. Muy posiblemente nunca habría visto la luz de no mediar las circunstancias casuales que impulsaron a Pinuer a publicarlo. Sin embargo, Pinuer fue solamente el referente de una fábula cuya creación se debía a los llamados indios de Ranco, y que por las características que hemos ido destacando, parece no caber en la tradición de los Césares sino más bien en la de los propios huilliches.

En la memoria histórica de éstos últimos, el alzamiento general de 1598 estaba aún presente y latente, junto con la destrucción de Osorno y con la salvación de algunos fugitivos de la ciudad. Este conjunto de episodios tuvo que constituirse en una suerte de «fractura» con el pasado más lejano. Desde entonces, los huilliches habían experimentado una lenta decadencia, debida también a la presencia española en Chiloé y en le resurgida Vadivia. Sin embargo, «antes» de estos acontecimientos y del alzamiento general (en el decenio 1575-1585), los huilliches habían logrado organizar una fuerte y compacta resistencia armada contra la invasión de los españoles. Dicha resistencia se había centrado en algunos focos, constituidos por varios fuertes situados, entre otros lugares, a orillas del lago Ranco; quizás, los mismos cuyas ruinas Fray Benito Delgado divisó durante la expedición. Allí se había edificado, por ejemplo, el «complejo defensivo de Ranco y Llivén».¹⁵⁴ Los indios de Ranco, al informar a Pinuer de la existencia de una ciudad de españoles perdidos, la localizan en una singular península, con apariencia de isla, en el corazón mismo de su parcialidad, lo que contrasta con la tradición conocida del mito de los Césares. La singular coincidencia entre la descripción de la ciudad perdida y la supuesta ubicación del fuerte de Libén, podría servir como base aproximativa para la hipótesis que a continuación formulamos, a pesar de que por el momento se carezca de cualquier respaldo objetivo: la ciudad leyendaria y el fuerte indígena de Libén, escenario de violentos enfrentamientos entre huilliches y españoles, hasta la preocupación por parte española de 1582, pueden tal vez ser la misma cosa. Si la memoria histórica de los indígenas no podía remontarse hasta los acontecimientos anteriores al alzamiento general, tal vez en sus

¹⁵⁴ León Solís, L., «La alianza puelche-huilliche y las fortificaciones indígenas de Libén, Riñihue y Villarrica, 1552-1583», Nueva Historia, n. 17, Londres, 1988-1989.

tolderías se pudo haber mantenido la leyenda de la presencia española en un determinado paraje, consagrado por la tradición por haber sido escenario de sucesos extraordinarios. Un estallido repentino de armas de fuego (marca distintiva de los blancos, que aparentemente los valdivianos de la expedición a los llanos no habían generado) pudo haberlos inducido a relacionar la mencionada tradición con la realidad de los fugitivos de Osorno.¹⁵⁵

1. Un discurso explosivo

El asunto del "Punto Final" se relaciona con la historia de la república chilena ante Franco. Como consecuencia de la guerra civil, los partidos de la izquierda, el Partido Comunista y el Partido Socialista, se unieron al de Acción Nacional, formando la "Frente Popular" que buscó todo apoyo posible en consecuencia, especialmente en los sectores que ante los presuntos vencedores.

Dentro de esta perspectiva se planteó la hipótesis de que algunos republicanos en la batalla de Osorno, se hubieran todo hacia el oeste, hacia el Mar del Sur, buscando refugio con la población que allí se encontraba en sus lugares de origen de ciertos sectores de la zona, al momento de abandonar el campo de batalla.

Pero, aún así, el fenómeno de "desaparición" de los blancos franquistas, por lo que respecta a la zona de Osorno, se relaciona con la historia de la guerra civil, especialmente con la figura de Vergara. Dicho asunto se relaciona con la figura de Vergara, quien fue un gran líder militar y político que se unió al Gobierno chileno, y de él se originó la zona de Osorno y la zona de San Juan de los Ríos y la zona de los Ríos y la zona de los Ríos.

¹⁵⁵ Agradecemos al prof. Leonardo León Solís por haber sugerido la hipótesis que hemos expuesto. Dicha hipótesis se presenta aquí, en forma aún embrional y esquemática, por representar una pista de trabajo de gran interés y atractivo.